STAR WARS

Aprendiz de Jedi 13

Rescate peligroso

Jude Watson

Capítulo 1

Obi-Wan Kenobi escuchó la puerta cerrándose tras él. El sistema de bloqueo dio un chasquido y zumbó.

Sintió una oleada de impotencia que lo detuvo en seco.

—No —dijo.

Su acompañante, Astri Oddo, se dio la vuelta.

—¿Qué pasa?

Obi-Wan miró con desesperación la puerta cerrada.

—No puedo dejarlo aquí.

—Pero él te ordenó que te marcharas.

Obi-Wan colocó las manos sobre la puerta y negó con la cabeza.

—No puedo.

Astri esperó un momento. No se movió, pero Obi-Wan pudo percibir su impaciencia. Su recién afeitada cabeza brillaba en la débil luz grisácea. Una niebla densa caía como si fuera lluvia y formaba gotas sobre su piel.

—Obi-Wan, no tenemos tiempo —dijo ella—. Tengo que llegar al Templo cuanto antes.

Obi-Wan asintió, pero seguía sin poder moverse. El padre de Astri, Didi Oddo, agonizaba en el Templo Jedi. Astri llevaba consigo la antitoxina que podía salvarle. Astri

había sido cocinera de la cafetería de su padre, y fue muy valiente al unirse a Obi-Wan en su intrépido plan para introducirse en el laboratorio secreto de Jenna Zan Arbor.

Sólo habían cumplido una parte de la misión. Habían encontrado la antitoxina que buscaban, pero el Maestro de Obi-Wan, Qui-Gon Jinn, seguía atrapado dentro.

Obi-Wan se dio la vuelta y echó una rápida mirada hacia la calle oscura, buscando entre las sombras.

—¿Dónde están Cholly, Weez y Tup? Ellos podrían buscarte un medio de transporte.

—No están aquí —dijo Astri, y la irritación de su voz se elevó mientras escudriñaba la calle—. Sabía que no podíamos confiar en ellos.

Obi-Wan apartó de su mente a aquellas tres comadrejas. Habían accedido a vigilar a Ona Nobis, la cazarrecom-pensas con cuyo aspecto se había disfrazado Astri para poder entrar en el laboratorio. Se suponía que debían avisar a Obi-Wan y a Astri en caso de que la vieran venir, pero no lo habían hecho. Por eso, Jenna Zan Arbor supo que había intrusos en el edificio, y Qui-Gon fue atrapado. Evidente-mente, Cholly, Weez y Tup habían huido.

Pero a Obi-Wan ellos le daban igual. Lo que le importaba era que Astri regresara al Templo. Y volver a entrar en el laboratorio secreto para poder luchar junto a su Maestro.

—Voy a llamar a Tahl —dijo él. Astri le dio el interco-municador. El había entregado el suyo a Qui-Gon, junto a su sable láser.

La voz de la Jedi Tahl resonó un momento después.

—Aquí estoy —dijo firmemente.

Obi-Wan le describió la situación con rapidez.

—Jenna Zan Arbor tiene otro prisionero. Ella afirma que Qui-Gon no le conoce, pero que está cercano a él. ¿Qué crees que significa eso?

—Me hago una idea —dijo Tahl—. Pero sigue.

—Si Qui-Gon abandona el edificio, el otro prisionero recibirá una inyección de veneno. Me ordenó que abandonara el edificio y llevara a Astri de vuelta al Templo. Dijo que lo más importante era salvar la antitoxina. Y... sentí que debía irme, Tahl.

—Hiciste lo correcto —dijo Tahl con firmeza—. Qui-Gon actuó correctamente dándote esa orden. Pero no quiero que te vayas de Simpla-12.

Obi-Wan sintió una corriente de alivio. Sólo era un aprendiz. Necesitaba el permiso de un Maestro Jedi para poder desobedecer a Qui-Gon, aunque su Maestro estuviera cautivo en ese preciso momento.

—¿Y qué pasa con Didi? —preguntó Astri, nerviosa.

—No te preocupes, Astri. La Maestra Jedi Adi Gallia y su padawan, Siri, llegarán a Simpla-12 en cualquier momento. En cuestión de segundos verás su nave. El piloto te traerá de vuelta al Templo con la antitoxina. Obi-Wan, tú emprenderás el rescate de Qui-Gon junto a Adi Gallia y Siri. Comenzaremos con un equipo pequeño, pero enviaremos más Jedi a Simpla-12 en caso necesario.

Obi-Wan percibió un brillo plateado en el cielo plomizo.

—Ya veo la nave. Luego te llamo.

Cortó la comunicación y contempló el pequeño y aerodinámico transporte que aterrizaba en un campo embarrado cercano. Él había trabajado antes con Adi y Siri. Adi era una Jedi brillante y con recursos, y poseía un gran talento intuitivo. Siri era una espléndida luchadora y no dudaba a la hora de enfrentarse al peligro. La relación entre ambos padawan había tenido sus altibajos, pero era el mejor equipo que podía haber pedido para rescatar a Qui-Gon.

Contempló la regia figura de Adi, que le resultaba familiar, bajando por la rampa de descenso. Siri, más peque-

ña y rubia, bajó tras ella. La mirada aguda de Adi escrutó los alrededores sin perder detalle. Después se acercó a Obi-Wan y a Astri.

Saludó con la cabeza a Obi-Wan y miró a Astri.

—El transporte te espera. Que la Fuerza te acompañe.

Incluso en situaciones apuradas, Astri tenía un momento para pensar en los demás. Puso una mano sobre el brazo de Obi-Wan.

—Sé que Qui-Gon estará bien.

—Y yo sé que Didi estará bien —le dijo Obi-Wan.

Habían pasado muchas cosas juntos. Astri no había pasado por un entrenamiento Jedi, no era sensible a la Fuerza, y apenas podía dar en el blanco con una pistola láser, pero Obi-Wan había terminado encontrando admirables sus muchas habilidades. Su miedo era obvio, pero nunca vaciló a la hora de enfrentarse al peligro.

Y ahora temblaba al quitarse la vibrocuchilla del cin-turón.

—Toma. Podrías necesitar esto.

Él la cogió.

—Gracias. Te veré en el Templo.

Astri se mordió el labio y asintió. Luego salió corriendo, tambaleándose un poco por las botas de caña alta que se había puesto para disfrazarse de Ona Nobis.

La mano de Siri descansaba en la empuñadura de su sable láser. Llevaba el pelo rubio peinado hacia atrás y metido por las orejas. Su apariencia severa coincidía con su forma de enfrentarse a los problemas. No le gustaba perder el tiempo.

—Tahl se puso en contacto con nosotras hace un momento —dijo a Obi-Wan—. Zan Arbor ha bloqueado todas las comunicaciones desde el laboratorio, pero Qui-Gon consiguió hacer llegar un último mensaje al Templo.

Zan Arbor se ha encerrado con el otro prisionero, al que matará si Qui-Gon intenta escapar. Ahora está buscando una forma alternativa de entrar en esa habitación.

—¿Ha visto al otro prisionero? —preguntó Obi-Wan.

Siri negó con la cabeza.

—Creemos saber quién es —dijo Adi—. Es un Maestro Jedi.

Obi-Wan se quedó de piedra.

—¿Zan Arbor ha conseguido retener a dos Maestros Jedi como rehenes? ¿Cómo es posible?

—Noor R'aya es un Jedi anciano —explicó Adi—. No vive en el Templo. Ya no cumple misiones, pero decidió vivir el resto de sus días en reclusión y meditación en su planeta natal. Desapareció hace unas semanas. Le estábamos buscando.

—Seguimos su rastro hasta la cazarrecompensas Ona Nobis —explicó Siri—. En cuanto se lo dijimos, Tahl nos contó que Jenna Zan Arbor estaba involucrada. Noor R'aya debe de ser el otro rehén que Qui-Gon percibió en el laboratorio.

—Nuestro primer problema es cómo entrar —dijo Obi-Wan—. No hay ventanas y sólo hay una puerta. Hay otros equipos Jedi en camino, pero cuanto más nos retrasemos, más arriesgaremos las vidas de Qui-Gon y Noor R'aya. Y Simpla-12 no tiene cuerpo de seguridad. Estamos solos.

—No hay problema —dijo Adi serenamente—. Hay una forma de entrar.

Capítulo 2

Gracias a nuestros contactos, hemos sabido que alguien en Simpla-12 está buscando un gran cargamento ilegal de androides asesinos de seguridad —dijo Adi—. Sabemos que ese alguien es Jenna Zan Arbor. Hemos averiguado quiénes son los contrabandistas de androides. Ahora lo único que necesitamos es que nos permitan colarnos entre el cargamento.

—¿Cuándo tendrá lugar la transacción? —preguntó Obi-Wan con ansia.

—Lo antes posible —respondió Adi—. Los vendedores de androides tienen la impresión de que Zan Arbor está planeando abandonar el planeta. Quizás haya mentido, pero creo que los planes de marcharse son la razón por la que el pedido es tan urgente. Necesita protección para poder marcharse y adonde quiera que vaya. Sabe que los Jedi le pisan los talones.

—Si está planeando marcharse, no podemos esperar a solicitar refuerzos —comentó Obi-Wan.

Adi asintió con gesto sombrío.

—Estoy de acuerdo. Vayamos al almacén donde están cargando a los androides. Los contrabandistas nos esperan.

***

El almacén era una estructura metálica desvencijada que se inclinaba hacia un lado de forma alarmante. Los cimientos estaban profundamente hundidos en el barro. La constante nube que cubría Simpla-12 soltaba frecuentes aguaceros, y Obi-Wan, Siri y Adi se abrieron paso hacia la entrada con el barro cubriéndoles hasta los tobillos.

Obi-Wan empujó la puerta y escuchó unas voces que le resultaron familiares.

—Vaya, vaya, qué androides más viejos. ¿No podías haber encontrado modelos más nuevos?

—Pues claro que sí, ¿por qué no me lo dijiste antes? Espera que rebusque en mi bolsillo lleno de créditos y pague unos androides nuevos.

Obi-Wan gruñó en voz alta.

—No iréis a decir —dijo a Adi y a Siri— que los vendedores de androides son Cholly, Weez y Tup.

—¿Los conoces? —preguntó Adi.

En ese momento, Cholly vio a Obi-Wan.

—¡Amigo mío! —gritó en un tono cuya calidez hacía evidente su nerviosismo.

—¡Jedi Kenobi! —gritó Weez a continuación, mientras Tup se deslizaba tras él para esconderse—. ¡No te esperábamos!

—¿Por qué? —preguntó Obi-Wan, caminando hacia ellos—. ¿Porque pensabais que era prisionero de Jenna Zan Arbor? ¿Porque dijisteis que impediríais que Ona Nobis se acercara al edificio y en lugar de eso huísteis?

—Pues no —dijo Weez, balanceándose de un pie a otro—. Yo no diría eso.

Tup se asomó desde detrás de Weez.

—Estamos de tu parte, Obi-Wan.

—Siempre y cuando no tengáis que arriesgar vuestras vidas —añadió Obi-Wan.

—Pues claro que sí —dijo Weez—. Pero somos así con todo el mundo.

—Esperad, dejadme pensar... ¿Dijimos en algún momento que éramos valientes? ¡Creo que no! —señaló Cholly.

—Y Ona Nobis era un ser aterrador —dijo Weez.

—Ya ves —resopló Tup—. Eso tienes que admitirlo. ¡Pero la seguimos!

—¿Ah, sí? —preguntó Obi-Wan, cortante—. ¿Y adonde fue?

—A su nave privada —respondió Cholly—. Se fue de Simpla-12, eso lo sabemos.

Al menos le habían dado un dato realmente valioso. Ona Nobis se había marchado definitivamente. Le había dicho a Zan Arbor que no volvería a trabajar para ella. Tenía clientes más rentables.

—Podéis compensarme ahora —dijo Obi-Wan, frunciendo el ceño—. Ya volvisteis una vez la espalda a los Jedi. No volváis a hacerlo.

—Nunca, nunca, nunca —dijo Weez, negando con la cabeza.

—A menos que haya un peligro terrible —añadió Tup rápidamente.

—Esto no debería suponer un peligro para vosotros —dijo Adi —. Lo único que queremos es que nos dejéis escondernos entre la mercancía de androides para Zan Arbor. Encontraremos la forma de escabullimos de allí cuando os marchéis.

—Ah —dijo Cholly—. Entonces eso será cuando nos paguéis, ¿no?

—Sí—dijo Adi con impaciencia—. Lo único que necesitamos es entrar en el edificio.

Cholly, Weez y Tup se miraron.

—Pido solemnes disculpas por preguntar esto —dijo Cholly—, pero ¿qué ganamos nosotros con todo esto?

—En otras palabras, el plan suena arriesgado —explicó Weez—. Y no hay compensación para el peligro que correríamos.

—Bueno, nosotros no vamos a pagaros —dijo Adi. Fijó su mirada oscura y dominante en los tres, que se estremecieron bajo el escrutinio—. ¿Sugerís eso?

—Claro que no —dijo Tup firmemente.

—A no ser, claro, que entrar en ese edificio sea realmente importante para vosotros. Lo suficientemente importante como para soltar unos cuantos créditos... —La voz de Cholly se fue diluyendo mientras Adi le clavaba la mirada—. Sólo pensaba en voz alta —dijo débilmente.

—A ver qué os parece esto —sugirió Siri en tono amable—. O nos ayudáis, o nos cargamos todos vuestros androides.

—¡Siri! —la voz de Adi retumbó firme—. Un Jedi no amenaza.

Siri cerró la boca, pero continuó mirando con fiereza a Cholly, Weez y Tup, con la mano apoyada sobre la empuñadura del sable láser.

—Se me ocurren dos razones para que nos ayudéis —dijo Obi-Wan, intentando apartar la impaciencia de su voz. No tenían tiempo para esos retrasos—. Primero porque me lo debéis, y segundo porque los Jedi son mucho mejores amigos que enemigos. Y a vosotros tres os hacen falta amigos, creo.

Así es, todos los demás nos desprecian —admitió TuP con amargura.

Está bien, os ayudaremos —decidió Cholly—, pero perad a que salgamos del edificio para empezar con vuestro jaleo de sables láser.

Siri caminó lentamente, rodeando un gravitrineo donde el trío había estado cargando androides. Los gravitrineos no tenían la cabina cubierta, sólo una plataforma y un parabrisas.

—¿Pero cómo vamos a escondernos? Nos verán enseguida.

—¿No tenéis un vehículo cubierto, algo como una barca? —preguntó Adi.

—Apenas pudimos permitirnos el gravitrineo —dijo Cholly—. Pero dejadme que os enseñe una cosa. Lo primero es descargar los androides. ¡Weez, Tup!

Cholly, Weez y Tup descargaron el montón de androides que ya habían cargado en el gravitrineo. Entonces, Cholly pulsó una palanca, y un compartimiento secreto se abrió en el gravitrineo. Estaba bien camuflado, de forma que parecía formar parte de la cubierta del vehículo.

—Hay veces que necesitamos algo de privacidad para las mercancías que transportamos —explicó Cholly.

—Que traficáis, querrás decir —dijo Siri.

Adi se asomó por la abertura.

—No hay mucho sitio, pero creo que cabemos los tres.

—Os tenéis que esconder primero. Después cargaremos los androides —explicó Weez.

—Eso significa que tendréis que descargar los androides para que podamos salir —comentó Siri, frunciendo el ceño.

Adi tamborileó con los dedos en la funda de su arma.

—No es una situación idílica. Tendréis que ofreceros a descargar los androides en cuanto lleguemos.

A Cholly no pareció gustarle esto último, pero asintió.

—¿Y si programamos los androides? —preguntó Adi—. ¿Os ha dado ya instrucciones Zan Arbor?

Weez negó con la cabeza.

—Los va a programar ella misma.

—Ofreceos a hacerlo. Inventaos algo —sugirió Adi—. Y después saboteadlos de alguna forma. No me apetece tener que enfrentarme a veinte androides de ataque.

—Haremos lo que podamos —dijo Cholly—. Más os vale entrar ya, o llegaremos tarde a la cita.

Adi flexionó su largo y elegante cuerpo al entrar en el compartimiento, y se tumbó a lo largo. Siri la siguió. Obi-Wan se apretujó en el interior.

—Ay —murmuró Siri—. Cuidado con los codos.

—¿Dónde quieres que los ponga? —respondió Obi-Wan.

—Callaos los dos —dijo Adi—. No estaremos aquí mucho tiempo.

La cara sonriente de Tup apareció sobre ellos.

—Voy a cerrar el panel. No os preocupéis, hay mucha ventilación.

—Eso espero —dijo Obi-Wan suavemente, mientras el panel se cerraba a pocos milímetros de sus caras—. No me gusta nada tener que confiar en esos tres.

—Eso es porque esos amigos tuyos no parecen en absoluto de fiar —dijo Siri.

—No son mis amigos —susurró Obi-Wan. ¿Por qué estaba Siri siempre pinchándole?

Durante varios minutos escucharon a Cholly, Weez y Tup cargando a los androides, peleando y discutiendo sin cesar.

—Cuantos más encajemos, más se llevará ella, con un Poco de suerte —exclamó Cholly—. No las pongas así, Tup, estás ocupando demasiado espacio.

—Uf, lo hago lo mejor que puedo.

Adi suspiró.

Estamos tardando demasiado —dio unos golpecitos en la tapa del compartimiento—. ¡Daos prisa! —gritó.

—Sí, sí, nos damos prisa. Unos minutos más —gritó Cholly.

Obi-Wan cerró los ojos. ¿Por qué siempre le pedían que tuviera paciencia en aquellas ocasiones en las que no podía soportar los nervios? Cada segundo de retraso era una frustración.

Adi habló despacio.

—Conociendo a Qui-Gon, estoy convencida de que tiene su propio plan, Obi-Wan. No somos su único recurso de escape.

—Sí, yo también lo creo —dijo Obi-Wan, agradeciendo las palabras tranquilizadoras de Adi.

—Sólo hay una cosa que me preocupa —murmuró Adi—. Espero que su plan y el nuestro sean compatibles.

Capítulo 3

Durante días, mientras estuvo encerrado en la cámara de vapor, Qui-Gon sólo pensaba en poder salir y estirar los músculos. Gracias a su padawan había conseguido escapar de la cámara, pero ahora que estaba libre, se encontraba en un espacio todavía más estrecho: un túnel de ventilación.Jenna Zan Arbor se había encerrado en la habitación en la que retenía al otro prisionero. Una jugada inteligente. Ella sabía que Qui-Gon no se atrevería a irrumpir allí. Sabía que no pondría en peligro la vida del otro cautivo.No podía emplear el sable láser de Obi-Wan para atravesar la puerta, ni emprender ninguna acción ofensiva. Con un sensor en su cuerpo y otro en el del otro prisionero, ambos corrían el riesgo de morir al instante.

Tendría que utilizar la astucia. Había encontrado el túnel de ventilación que pasaba por el techo. Gateó durante lo que a él le parecieron años. No podía hacer ningún ruido para no alertarla, y tenía que estar atento a la dirección que tomaba. Los distintos túneles eran un laberinto, pero, si tenía cuidado, podía llegar por el techo justo hasta donde se encontraba Zan Arbor.

¿Y qué haré entonces?, se preguntó Qui-Gon. Podía

saltar sobre la mujer, pero ¿y si ella llevaba encima el detonador del sensor? Y si el detonador estaba en alguno de los paneles de control, ¿podría convencerla para que lo desactivara? ¿Podría fiarse de ella cuando dijera que ya lo había hecho?

No conocía la respuesta a esas preguntas, pero no podía esperar tras la puerta, preguntándose qué estaría pasando dentro.

Vio una abertura más adelante y se acercó a ella con cuidado. Bajó la cabeza y miró por la trampilla.

Por fin se hallaba encima del laboratorio. Vio la cabeza de Jenna Zan Arbor. En mitad de la sala se veía una cámara transparente como la que le había retenido a él. Estaba llena de una sustancia gaseosa, por lo que no podía ver al ocupante.

Zan Arbor iba de un lado para otro, dando pasitos rápidos. Qui-Gon reconoció sus movimientos furibundos. Algo no iba bien.

—No pienses que puedes engañarme —dijo Zan Arbor, irritada —. Sé que te estás dejando morir. Te niegas a acceder a la Fuerza. ¡No permitiré que eso ocurra! —se acercó a zancadas a una mesa con máquinas—. ¿Quieres morir? —le preguntó ella con voz chillona—. ¡Entonces sabrás lo que se siente al morir!

Giró una ruedecilla. Qui-Gon no sabía lo que estaba haciendo. Sólo podía imaginarlo. El objetivo de Zan Arbor era separar los elementos esenciales de la Fuerza y convertirlos en algo que pudiera medir y controlar. Qui-Gon sabía de primera mano lo despiadada que podía llegar a ser en caso de que el sujeto no colaborara.

Aguanta, dijo al prisionero para sus adentros.

Ella apagó la ruedecilla.

—¿Y bien? ¿Sigues tan interesado en morir? ¡Ahora

enséñame la Fuerza! —Qui-Gon la vio echando una ojeada iracunda a un cronómetro. Parecía tener prisa. Pero ¿por qué?

—Está bien. Si no puedo utilizarte, no eres más que un

estorbo. Pero te sacaré toda la sangre antes de que mueras, sólo por mostrarte tan poco colaborador.

Volvió a acercar la mano a la ruedecilla. Era el momen-to de entrar en acción. Qui-Gon desenfundó rápidamente el sable láser de Obi-Wan, practicó el movimiento y retrocedió dispuesto a irrumpir por la rejilla.

Pero se detuvo justo cuando sonó un timbre, y Zan Arbor se detuvo. La científica pulsó el botón de un comunicador.

Una voz resonó.

—Cargamento de androides.

—Ya era hora —dijo ella entre dientes.

Se giró y, sin decir palabra, salió a grandes pasos de la habitación. Qui-Gon se apoyó de espaldas, pensando. No podía liberar al prisionero hasta que estuviera seguro de que Zan Arbor estaba inmovilizada e incapacitada para matarlo. Pero cualquier retraso podía sellar su destino para siempre.

Era libre, pero estaba más atrapado que cuando era prisionero. ¿Qué debía hacer?

Capítulo 4

El paseo en gravitrineo fue suave mientras iban por la calle, pero a Cholly, Weez y Tup les costaba maniobrar el transporte por los estrechos pasillos del laboratorio. Cada vez que Tup chocaba contra una pared, Obi-Wan, Astri y Adi se golpeaban los unos con los otros, y los androides metálicos resonaban sobre sus cabezas.

—¡Ya basta! —Obi-Wan reconoció el tono imperativo de Zan Arbor—. ¡Deteneos de una vez! Podéis descargar ahí mismo.

Con una última sacudida violenta, el motor propulsor depositó el gravitrineo en el suelo.

—Como verá, le hemos traído los mejores androides —dijo Cholly.

—¿Éstos son los mejores? Pues cómo será el resto...

—Discúlpeme, pero esto es Simpla-12, señora —dijo Weez respetuosamente—. No hay muchas opciones.

—Sí, supongo. Dadme el PIC.

Obi-Wan se puso tenso. El Procesador de Inteligencia Central programaría todos los androides a la vez. Adi había dicho a Cholly que intentara programar los androides él mismo. ¿Le permitiría Zan Arbor hacerlo?

—Está el tema de nuestros honorarios... —dijo Cholly.

—No hasta que esté segura de que estos androides fun-cionan.

—Yo puedo programarlos por usted, señora —se ofreció Cholly —. Forma parte de nuestro servicio. ¡Nuestro objetivo es su satisfacción!

—Jyie satisface programarlos yo misma. Dame el PIC.

—Cholly debió de dudar un instante, porque Zan Arbor gritó—: ¡Ahora!

Adi jadeó. Obi-Wan sabía lo que había pensado. Sería más fácil si no tuvieran que enfrentarse también a los androides.

Oyeron una serie de pitidos y sonidos provocados por los movimientos de los androides mientras se activaban.

—Obedeced sólo a mi voz —soltó Zan Arbor—. Me rodearéis y me protegeréis. Partiremos desde la rampa de lanzamiento del subnivel uno dentro de cinco minutos.

Los androides silbaron una respuesta afirmativa.

—Y ahora descargadlos, y os pagaré los créditos —dijo Zan Arbor a Cholly, Weez y Tup—. ¡Rápido!

Por encima de él, Obi-Wan escuchó el ruido de los androides al ser desatados y descargados de la plataforma del gravitrineo.

—¡Cuidado, Tup! —gritó Cholly—. Acabas de...

—¡Yo no he sido! Weez...

—No tires de ahí, empuja...

—¡Por ahí no, por aquí, idiotas! —gritó Zan Arbor.

—¡Lo tengo!

—¡No, no lo tienes!

—¡Que sí—

Que no, que...

Se oyó un estruendo chirriante y un gran golpe que hizo

que el gravitrineo se estremeciera. —Vaya —dijo Tup en voz baja—. Parece que no lo tenía.

—Hazlo así, Tup —gritó Cholly.

—Si no chillaras de esa forma no estaría tan confundido —susurró Tup—. Déjame...

El gravitrineo se elevó ligeramente en el aire. Hubo un golpe.

—¡Apaga el motor! ¡Lo estáis inclinando! —gritó Zan Arbor—. Los androides se caen...

—Pero espera un momento...

—¡No toques eso! —gritaron Cholly y Weez al unísono.

Demasiado tarde. Tup apretó la palanca oculta y la puerta del compartimiento se abrió como un resorte. Adi, Obi-Wan y Siri cayeron al suelo. Se alejaron rodando del motor retropropulsor mientras el gravitrineo se elevaba unas cuantas pulgadas del suelo.

—¡Jedi! —gritó Jenna Zan Arbor.

Casi todos los androides habían sido descargados, y los Jedi habían caído justo en mitad del grupo. El gravitrineo les acorralaba contra la pared.

—¡Atacad! —gritó Zan Arbor, alejándose del gravitri-neo—. ¡Disparad a matar!

Tup se quedó pálido y cayó al suelo. Cholly y Weez sal-taron del gravitrineo. Los androides rodaron, apuntando con los láseres implantados en sus brazos.

Adi, Obi-Wan y Siri cogieron sus sables láser. Los dis-paros cruzaban el aire en todas direcciones. Estaban atrapa-dos en medio de un tiroteo mortal.

Capítulo 4

Qui-Gon acababa de decidir que saldría por la rejilla para rescatar al prisionero, cuando escuchó los disparos láser. Sólo podían significar una cosa. Había llegado un equipo Jedi.

Con un movimiento calculado, cortó la rejilla utilizando el sable láser de Obi-Wan, y saltó al suelo. Fue hacia la puerta del laboratorio, irrumpió en el pasillo y echó a correr hacia el jaleo.

Dobló la esquina y estudió el combate de una sola ojeada. Los Jedi se enfrentaban a veinte androides armados. Obi-Wan no tenía sable láser, sólo una vibrocuchilla. Jenna Zan Arbor estaba en la esquina opuesta, mirando. La sonrisa burlona de su rostro indicaba que confiaba en salir victoriosa.

Qui-Gon miró la escena un momento para adivinar la estrategia de Adi. Sin dejar de derribar androides, protegía a Obi-Wan de la peor parte del tiroteo. Utilizaba una serie de combinaciones cortas y rápidas diseñadas para camuflar el hecho de que, poco a poco, se estaba acercando a Jenna Zan Arbor y al pasillo que llevaba al resto del laboratorio. Obi-Wan utilizaba con buen resultado la vibrocuchilla, pero esa arma no era rival para el fuego láser. Mientras daba

un salto, Qui-Gon decidió que su tarea era proteger a su padawan, y que Adi tuviera vía libre para ir a por Zan Arbor

El alivio recorrió a Obi-Wan al ver a Qui-Gon acercándose a él. Aquel instante de distracción fue cubierto por Adi que, como un relámpago, derribó a un androide que apuntaba con su láser a Obi-Wan. Qui-Gon aterrizó en el suelo acabó con dos androides y giró para rechazar el disparo de un tercero. Le sorprendió el hecho de que, aunque lo había conseguido, sus tiempos de reacción eran lentos. No podía confiar en su cuerpo para moverse con rapidez. Los días de cautividad le habían dejado más huella de lo que él pensaba.

Qui-Gon se sintió satisfecho al ver que el gesto en-greído de Zan Arbor se convertía en expresión de alarma. Se había dado cuenta de que ahora tenía las de perder. Dando una rápida orden, indicó a los androides que la rodearan. Estaba de espaldas a la pared.

Qui-Gon accedió a la Fuerza para superar la debilidad de su cuerpo. Atacó de forma ciega, atravesando las estruc-turas metálicas de los androides mientras Siri giraba y esquivaba, y moviendo el sable láser a la velocidad del rayo. El juego de pies de la chica era impecable. A Obi-Wan le estorbaba la vibrocuchilla, pero siguió atacando con firme-za y con la cara llena de sudor.

Sólo quedaban cinco androides, además de la guardia que protegía a Zan Arbor. Qui-Gon no necesitó mirar a Adi para confirmar su plan, mientras llevaba a los androides hacia ella. Los atraparían con la estrategia de la pinza. Sin y Obi-Wan, conscientes de la intención de Qui-Gon, se acer-caron para flanquearle.

El plan podría haber funcionado a la perfección de no ser porque Tup escogió ese preciso momento para ponerse a salvo. Con un tímido disparo láser, salió corriendo de deba-jo del gravitrineo flotante y se apresuró hacia el pasillo.

pero tuvo la mala suerte de chocar contra dos androides empujándolos hacia Obi-Wan. los androides rodaron y Izaron los brazos hacia Tup, preparándose para dispararle.

—¡Oh, oh! —gritó Tup.

Obi-Wan era el que estaba más cerca. Utilizando la Fuerza, dio un salto y aterrizó con ambos pies sobre los dos androides. Los robots se tambalearon, y el fuego de los láse-res se fue apagando. Obi-Wan se posó sobre el suelo y atacó al primer androide con su vibrocuchilla. El robot apuntó con su láser a Obi-Wan.

Qui-Gon alzó una mano para hacer retroceder al androide mediante la Fuerza. No pasó nada. Adi se giró lige-ramente para sajar en dos al segundo androide.

—Zan Arbor —dijo Siri fríamente.

Jenna Zan Arbor había aprovechado el momento de distracción para escabullirse entre los androides que la pro-tegían y salir corriendo por el pasillo. Luego desapareció por un turboascensor.

—Hay escaleras —dijo Qui-Gon a Adi—. La segunda puerta a la izquierda.

—Siri y yo la seguiremos —le dijo Adi, empezando a andar.

Nosotros iremos a por el prisionero —le dijo Qui-Gon, señalando a Obi-Wan.

Corrió por el pasillo con su padawan junto a él. Irrumpieron en el laboratorio. Qui-Gon entró dando zancadas en la cámara llena de gas y cortó la pared con el sable de Obi-Wan. El material transparente cedió y el gas comenzó a salir, formando una nube de vapor. La cámara estaba vacía.

—Nos han engañado —dijo Qui-Gon despacio.

—Puede que Noor R'aya esté en el otro laboratorio —sugirió Obi-Wan.

Qui-Gon se quedó atónito.

—¿Noor R'aya? ¿El otro prisionero era un Jedí?

—Eso cree Adi.

—Ella me dijo que no le conocía, pero que era un ser cercano a mí —murmuró Qui-Gon—. Y claro que es así Todos los Jedi compartimos un lazo común.

—Deberíamos ir a la rampa de lanzamiento —dijo Obi-Wan—. Zan Arbor dijo que estaba en el subnivel uno.

—En ese caso —dijo Qui-Gon—, estoy seguro de que no está allí. Ven, padawan.

No estaba seguro de estar en lo cierto, pero de alguna forma había llegado a conocer los entresijos de la mente de Zan Arbor, y su forma de engañar. A ella le encantaría enre-vesar la situación de tal modo que los Jedi acabaran justo en la otra punta del lugar desde donde iba a escapar.

De modo que, en lugar de acudir al subnivel uno, Qui-Gon subió a la azotea.

No se fiaba del turboascensor. Estaba seguro de que ella lo habría saboteado. Subió por las escaleras con Obi-Wan siguiéndolo de cerca.

Irrumpieron en la azotea justo a tiempo para ver la nave de Jenna Zan Arbor elevándose hacía el cielo. Vieron el cuerpo de Noor R'aya junto a ella, en el asiento del copilo-to. Estaba recostado como si estuviera demasiado débil para levantar la cabeza. Ella sonrió y les saludó con la mano un segundo antes de que la nave saliera disparada hacia la atmósfera.

Habían vuelto a perderla.

Capítulo 6

Obi-Wan aguardó mientras la doctora Jedi, Winna Di Uní, atendía a Qui-Gon. Localizó el sensor implantado en su corriente sanguínea y lo extrajo cuidadosamente. Mientras esperaba, Obi-Wan buscó por el laboratorio y encontró el sable láser de Qui-Gon. Fue un gran placer para él devolvérselo a su Maestro.

—¿Cómo está Didi? —preguntó Obi-Wan a Winna. Ella sonrió.

—Mejorando. Ya está sugiriendo la forma de hacer mejor sus comidas. Qui-Gon gruñó.

—Pase lo que pase, no le hagas caso —el talento de Didi como chef era muy discutible.

Winna puso una mano en el hombro a Qui-Gon. —Has pasado por una experiencia traumática, Qui-Gon. cuerpo no se ha recuperado todavía. Supongo que será inútil decir que te lo tomes con calma durante un tiempo. Qui-Gon sonrió mientras se levantaba de la camilla. —No hasta que encontremos a Noor. Obi-Wan notó los síntomas de fatiga que no había per-cibido antes por la alegría de tener a a su Maestro sano y salvo. Jenna Zan Arbor había extraído casi toda la sangre del

cuerpo de Qui-Gon. Le había tenido encerrado durant mucho tiempo. Estaba terriblemente pálido y demacrado. La experiencia le había debilitado.

—¿Estás seguro de que no deberías regresar al Templo? —preguntó a Qui-Gon en voz baja.

—Sí —dijo Qui-Gon firmemente.

Adi y Siri entraron en la sala.

—Hemos revisado todos los archivos del ordenador —dijo Adi —. Nada indica adonde puede haber ido ahora.

—Tenía un asistente, Nil —dijo Qui-Gon.

—Ya no —dijo Siri—. Lo encontramos en uno de los almacenes. Inyección letal, en nuestra opinión.

—Era una carga —dijo Qui-Gon. Se dio la vuelta—. No se detendrá ante nada.

—Sí, y por eso tenemos que encontrarla —asintió Adi en voz baja.

Cholly, Weez y Tup se asomaron por la esquina.

—Si ya no necesitáis nuestros servicios, creemos que lo mejor será volver a nuestra paupérrima pero considerablemente segura vida anterior —sugirió Cholly.

—Ella tenía los créditos en la mano —dijo Weez—. Si Tup no hubiera encendido el motor...

—Si no hubiera dejado caer los androides...

—Venga, es todo culpa mía. Tengo la culpa de absolutamente todo lo que pasa —se quejó Tup.

—Pues sí —dijeron Weez y Cholly al unísono.

El intercomunicador de Qui-Gon resonó.

—Es Tahl.

Un holograma en miniatura de Tahl apareció ante ellos-

—Es para mí un alivio saber que estáis todos bien, y que Didi se recuperará —dijo—. La Fuerza está con nosotros. Winna, ¿qué tal está Qui-Gon?

—Bien —dijo Qui-Gon firmemente.

_—Perdona, pero creo que no te he preguntado a ti —repli-có Tahl Era una de las pocas Jedi con la valentía suficiente como para contestar a Qui-Gon, por no hablar de tomarle el pelo.

—.¿Winna?

—Ha pasado por una experiencia devastadora —dijo Winna—. Yo aconsejo que regrese al Templo, pero sé que le ecesitan. No ha sufrido daños permanentes. Sólo necesita descansar y comer.

—Entonces ¿le permitirías salir en misión? —preguntó

Tahl.

—¿Permitirme? —resopló Qui-Gon, iracundo—.

¿Acaso sigo siendo un prisionero?

—No, eres un Jedi cabezota que podría llevar sus condiciones físicas más allá de lo soportable —respondió Tahl.

—Yo creo que no corre peligro —dijo Winna un tanto reacia—. Conozco la velocidad a la que Qui-Gon puede recuperar sus fuerzas. Eso siempre y cuando no me haya mentido con respecto a cómo se encuentra y lo débil que está.

Qui-Gon le clavó la mirada.

—Estoy segura de que te ha ocultado cosas —dijo Tahl, cortante —. Pero tenemos que perseguir a Jenna Zan Arbor. El Consejo desea que ambos equipos se unan para salvar a Noor.

Obi-Wan miró a Siri. Así que tendría que trabajar con ella de nuevo, codo con codo. Tenía la esperanza de que la chica hubiera aprendido algo más de humildad desde su última misión juntos.

—Tengo noticias para ti, Obi-Wan —dijo Tahl—. Y no te van a gustar. A mí tampoco me han gustado. Astri se fue del templo en cuanto supo que Didi se recuperaría del todo. Ha salido en busca de Ona Nobis para ver si puede obtener la recompensa.

—¡Astri no es rival para Ona Nobis! —exclamó Obi-Wan, atónito.

Tahl suspiró.

—Ya lo sé, pero los Jedi no pueden hacer nada. Ella ya no quiere nuestra protección. No podemos obligarla.

Obi-Wan sintió una mezcla de frustración y preocupa-ción en su interior, pero sabía que Tahl tenía razón. Los Jedi no podían imponer su protección. Y su misión era encontrar a Jenna Zan Arbor.

—Adi y Qui-Gon, poneos en contacto conmigo cuando decidáis el plan a seguir —concluyó Tahl—. Mientras tanto coordinaré la búsqueda de la nave de Zan Arbor.

—La galaxia es muy grande —dijo Qui-Gon.

—Entonces más me vale empezar cuanto antes —dijo Tahl, y cortó la comunicación.

Obi-Wan era cada vez más consciente de lo valioso que era tener a Tahl como contacto en el Templo. Cuando la rescataron, ciega, de Melida/Daan, no sabía lo importan-te que llegaría a ser después en sus vidas, así como en sus misiones.

—Ha sido una aventura genial, pero tenemos que irnos —dijo Cholly.

Adi se giró hacia ellos.

—Gracias por vuestra ayuda. Sentimos que os vierais involucrados en el combate.

Weez agitó la mano.

—No fue nada.

—Sobre todo cuando terminó —dijo Tup, soltando un suspiro de alivio.

Tras una inclinación y un gesto de despedida de Tup, los tres salieron a toda prisa del laboratorio. *Sin duda esta-ban ansiosos por escapar de los Jedi,* pensó Obi-Wan. Era obvio por qué a Cholly, Weez y Tup les iba tan mal com delincuentes. Su codicia era mucho mayor que su valor. A primera señal de peligro, huían.

Qui-Gon se giró hacia Adi.

—¿Habéis descubierto Siri y tú algo útil mientras investigabais la desaparición de Noor?

—No creo —dijo Adi, pensativa—. Pero puedo contarte un par de cosas sobre él. Noor tenía una conexión tan profunda con la Fuerza que, al envejecer, optó por llevar una vida contemplativa. Se fue del Templo y volvió a su planeta natal, Sorl, donde pensaba vivir en la tranquilidad de su retiro. Se construyó una humilde casita al pie de la cordillera de Cragh, pero las cosas no salieron como él esperaba.

—Rara vez lo hacen —apuntó Qui-Gon.

Adi asintió.

—Cuando Siri y yo llegamos a Sorl descubrimos que, para pasar el tiempo, Noor había comenzado a diseñar pequeños paisajes con rocas, palos y plantas. Hacía anima-litos y figuritas y los colocaba en estos paisajes imagina-rios, los lugares que había visto a lo largo de su vida. Los vimos en los campos que rodeaban su casa. Eran maravi-llosos. Preciosos.

—Vaya —dijo Qui-Gon—. Y comenzaron a llamar la atención.

Adi sonrió.

—Sobre todo a los niños. Se acercaban para ver traba-jar a Noor. Él les fabricaba juguetes. Al poco se vio metido en la vida de la comunidad. Su vida de retiro se convirtió en una vida comprometida.

—"La vida te da sorpresas. Acéptalas" —citó Qui-Gon. Era un dicho Jedi.

—Pero ya ves, las cosas que sabemos de Noor no nos serán muy útiles para esto —concluyó Adi—. Creo que tendremos tendremos que concentrarnos en Jenna Zan Arbor. Pero su vida está rodeada de misterio...

La señal luminosa del intercomunicador de Obi-Wan parpadeó. El aprendiz se alejó un par de pasos y aceptó la llamada.

—Mi nombre es Ivo Muna, y soy doctora del Centro Médico de Sorrus —dijo una voz—. Astri Oddo me dio su nombre...

—¿Le ha pasado algo?

—Me temo que sí. Un accidente... No está consciente Me dio su nombre antes de desmayarse. Quería que viniera. Yinn La Hi es la capital de Sorrus, en el sistema de...

—Sí, sé dónde está —interrumpió Obi-Wan—.

Gracias. Si se despierta, dígale que voy de camino.

Cortó la comunicación. Los demás habían dejado de hablar y le estaban escuchando. Miró a Qui-Gon.

—Tengo que ir —dijo.

Qui-Gon frunció el ceño, pero Obi-Wan sabía que era porque estaba preocupado y no en desacuerdo.

—Sí —dijo—. No podemos dejar a Astri sola en Sorrus. Pero las posibilidades de encontrar a Jenna Zan Arbor y a Noor disminuyen con cada minuto que pasa. Adi y yo nos quedaremos aquí para comenzar la búsqueda. Tú ve con Siri a Sorrus y lleva a Astri de vuelta al Templo, si es que puede viajar. Nos encontraremos en el Templo o te llamaré para decirte adonde tienes que ir —Qui-Gon pare-ció recordar que se suponía que Adi y él estaban juntos en esto, así que la miró—. ¿Estás de acuerdo?

Adi respondió inmediatamente.

—Estoy completamente de acuerdo —se giró nací Siri—. Voy a enviarte sola con Obi-Wan. Eso significa que confío en que no os enfrentéis con la cazarrecompensas Ona Nobis ni sigáis ninguna pista antes de poneros en contac conmigo.

—Eso también va por ti, Obi-Wan —le dijo Qui-Gon.

Ona Nobis recordará sus ansias de venganza si se entera que estás en Sorrus. Sed muy discretos. No arméis jaleo. Y poneos en contacto con nosotros en cuanto veáis a Astri. Y ahora vamos a buscaros un transporte.

Capítulo 7

Sorrus era un gran planeta en un sistema muy pobla-do, así que era fácil encontrar un carguero que viaja-ra allí sin escalas. Tras aterrizar en la capital, Yinn La Hi, Obi-Wan y Siri dieron las gracias al piloto.

—Ahora tenemos un problema —dijo Obi-Wan a Siri mientras salían de la bulliciosa plataforma de aterrizaje. En las ciudades de Sorrus no hay señalizaciones, así que tendremos que adivinar el camino al Centro Médico.

—¿Y por qué no preguntamos a alguien? —dijo Siri.

—No conseguiríamos nada. A los sorrusianos no les gustan los forasteros.

—Lo haces todo tan difícil, Obi-Wan —resopló Siri —. Sólo hay que ser amable —se acercó a una pareja de sorru-sianos cargada con compras del mercadillo.

—Disculpen —dijo Siri—. ¿Nos podrían indicar dónde se encuentra el Centro Médico, por favor?

La pareja la miró con indiferencia y siguió adelante, hablando en sorrusiano como si Siri no existiera.

—Qué maleducados —dijo Siri. Detuvo a un joven sorrusiano que pasaba por allí, con las manos metidas en los bolsillos de la túnica.

—Disculpa. Mi compañero y yo no somos de aquí. necesitamos saber dónde está el...

El chico se giró y se alejó de ellos.

—¿Me crees ahora? —preguntó Obi-Wan—. ¿Estás gura de que has sido lo suficientemente amable?

—Están totalmente paranoicos —gruñó Siri, pasándose

una mano por el pelo—. ¿Cómo vamos a encontrar el sitio?

—La clínica debe de ser bastante grande, y ha de estar

en una avenida principal —dijo Obi-Wan, escudriñando la calle ante ellos—. Y el piloto dijo que creía que estaba cerca del centro de la ciudad. Debe de estar por aquí cerca.

Tras unos minutos caminando, Obi-Wan y Siri encon-traron el lugar. Yinn La Hi era una ciudad en crecimiento. El Centro Médico ocupaba varias manzanas, y pronto ocuparía aún más espacio. Había una fase en construcción.

—Y ahora tenemos que conseguir que alguien nos diga dónde está Astri —Siri observó mientras entraban por las puertas que conducían a una enorme sala llena de sorrusianos.

—¿Por qué no lo intentas? —le preguntó Obi-Wan—. Antes te ha salido muy bien.

Siri le miró irritada. Obi-Wan se acercó al mostrador de recepción.

—Recibí un mensaje de Ivo Muña diciendo que Astri Oddo había sido ingresada para su tratamiento. La enfermera sorrusiana no dijo nada, se limitó a seguir escribiendo en su ordenador.

Obi-Wan se apoyó en el mostrador, frustrado. Le habló de forma clara y apremiante.

¡Mi amiga está herida y tengo que verla! La enfermera le miró con frialdad.

¿Cómo dice que se llama? —Obi-Wan Kenobi.

Un asomo de reconocimiento pasó por la mirada vacía de la enfermera.

—Ah, sí, le estábamos esperando. Por favor, vaya a ve al doctor Rai Unlu. Le está esperando allí.

Obi-Wan vio a un sorrusiano de baja estatura y com-plexión atlética apoyado en una columna. Llevaba una bata y tenía un pequeño datapad. Obi-Wan y Siri se acercaron rápidamente. Obi-Wan se presentó.

—Ah, sí, Astri Oddo. Una pena de caso. No sabemos cómo fue herida —le dijo el doctor sorrusiano con seriedad—. Déjeme comprobar su estado —pulsó algunas teclas—. Ah. Ha recuperado la conciencia. Buena señal.

—Tengo que verla —dijo Obi-Wan.

—Por supuesto, pero primero rellene la información del registro. Todos los extranjeros están obligados a ello en Sorras. Tendrá que ir al ala A, nivel 27, habitación 2245X. Astri se encuentra en el ala M, en la otra punta del complejo. Cuando rellene la información podrá preguntar cómo ir en la Oficina de Registro.

—Buena suerte —murmuró Siri.

—¡Pero voy a tardar muchísimo! —objetó Obi-Wan—. Tengo que verla cuanto antes.

—¿Podría rellenar yo los formularios mientras Obi-Wan visita a Astri? —sugirió Siri—. ¿Es viable?

Rai Unlu pareció dudar.

—No es el procedimiento...

—He venido desde muy lejos para verla —dijo Obi-Wan, convincente—. Y está muy malherida.

—Está bien —dijo Rai Unlu, mirando a su alrededor—. Pero no se lo contéis a nadie. Te llevaré con Astri. Tu com-pañera puede acudir al ala A siguiendo las indicaciones. Y desde allí podrá ir a la Oficina de Registro.

Siri asintió.

—Buena suerte, Obi-Wan. Iré a la habitación de Astri en cuanto termine.

Siri se alejó, y Rai Unlu indicó a Obi-Wan que le siguiera.

—Por aquí.

Obi-Wan le siguió desde el bullicioso recibidor por una serie de pasillos. Subieron a una pasarela en movimiento que les llevó a través de las distintas alas.

Al fin, Rai Unlu se bajó de la pasarela en el ala L.

—Desde aquí tendremos que caminar.

Caminaron a toda prisa por el área, pasando ante las puertas cerradas del pabellón, llegaron a una puerta con un cartel que decía: "PROHIBIDO EL PASO".

—Criterio de restricción para personal ajeno al edificio —le explicó Rai Unlu mientras entraba rápidamente.

Para sorpresa de Obi-Wan, la puerta daba acceso a una sala que no había sido construida del todo. Los pequeños gravitrineos con materiales de construcción abarrotaban el pasillo, y se veían todo tipo de conductos y cables a través de la rejilla abierta del techo.

—El Centro Médico está lleno. Tuvimos que ponerla en la zona nueva —dijo Rai Unlu.

Pero si no está terminada —dijo Obi-Wan, pasando Por encima de un contenedor lleno de escombros.

—Está recibiendo los mejores cuidados —le garantizó Rai Unlu —. Sorrus tiene los mejores recursos médicos de la galaxia.

Era una afirmación que Obi-Wan había oído más veces en otros planetas. ¿Habrían confinado a Astri a aquel alejado edificio porque era extranjera? Los sorrusianos no eran muy hospitalarios, pero esperaba un ambiente más esterilizado.

—Está ahí, la tercera puerta a la izquierda —le dijo Rai Unlu— Tengo que irme. Una urgencia.

—Espere —dijo Obi-Wan.

—Lo siento, he de irme —dijo Rai Unlu—. Me llaman. ¡Urgencia!

Se dio la vuelta y se marchó casi corriendo por el pasi-llo. La cautela inicial de Obi-Wan se convirtió en preocupa-ción. Sintió una perturbación en la Fuerza que le alarmó Ahora ya estaba preparado, y llevó las manos a su sable láser.

Abrió lentamente la tercera puerta a la izquierda. En lugar de una sala privada se encontró en un quirófano a medio construir. Había vigas en el techo, y una estructura de duracero. Sólo había dos paredes construidas.

Tuvo tiempo de ver una sombra moviéndose. Nada más. Obi-Wan dio un paso atrás, activó el sable láser, y la cazarrecompensas Ona Nobis apareció de repente sobre una viga y saltó sobre él.

Capítulo 8

Obi-Wan le había quitado su látigo láser cuando se enfrentaron en Simpla-12. No le alegró ver que ya lo había sustituido. Un arco de luz flexible y letal bailaba hacia él. Obi-Wan atacó al látigo antes de que pudiera alcanzarle. Los dos láseres se enredaron y echaron humo. Él no era tan rápido como Ona Nobis. Eso lo recordaba bien. No podía vencerla con la rapidez; era una luchadora increíblemente ágil que se movía de forma fugaz. Su mente también iba a la velocidad del rayo. Siempre tenía algún truco escondido en la manga.

Inteligencia. Acrobacia. Astucia. Flexibilidad. Tenía todas las habilidades necesarias en la batalla que le habían senado a él. Su adversaria no tenía potencial en la Fuerza, Pero tenía ventaja.

En aquel espacio parcialmente cerrado era demasiado vulnerable. Tenía que salir a descubierto. Obi-Wan hizo retroceder a Ona Nobis con una serie de rápidos movimien-

tos furiosos, obligándola a concentrarse en la defensa.

Cuando ella perdió el quilibrio, él subió al muro a medio construir. Se balanceó un momento en el borde y saltó al otro lado, hacia la obra.

Aquí haba varios obstáculos: gravitrineos, grandes

montones de varas de metal, bloques de piedra, una estruc-tura de duracero de las paredes exteriores del ala, y un char-co hondo y fangoso. Pero todos le servirían para defenderse y atacar. Y aquí la Fuerza le ayudaría.

El látigo chasqueó hacia la pared que Obi-Wan tenía tras de sí, enrollándose alrededor de una barra descubierta Un momento después, Ona Nobis cogió impulso y tiró del látigo para elevarse. Su cabeza, con el visor negro que por-taba para ocultar su mirada, giro hacia el. La sorrusiana se dejó caer, aterrizó suavemente y desenrolló el látigo para lanzar otro ataque.

Sus labios se tensaron, dejando al descubierto su den-tadura.

—Llevo tiempo esperando esto —dijo.

El estaba preparado. Tenía todos los sentidos alerta y cada partícula de su ser concentrada en el inminente com-bate. Tenía que estarlo. El truco era conseguir que ella se acercara. Desde cierta distancia, usaba el látigo con efectos devastadores, pero si se acercaba, no tendría espacio para maniobrar.

"Para realizar un ataque perfecto lo primero es la atención. Hasta un guijarro puede ser un obstáculo o una ventaja. Centra tu objetivo. Añade velocidad, precisión, estrategia y sorpresa. No olvides que la Fuerza está contigo."

Obi-Wan saltó hacia el lado izquierdo de su oponente. Empleó una técnica que Qui-Gon denominaba "falso ata-que". Sabía que no conseguiría la victoria gracias a es estrategia, pero tampoco era lo que buscaba. Quería que e se acercara a él.

Su sable láser giró rápido como el rayo mientras él se movía, rechazando el látigo que se enrollaba con el aguijón en la punta. Vio la mano de ella acercándose a la pistola

láser que llevaba enfundada en las caderas, y la bloqueó con una serie movimientos tan veloces que ella se vio obli-gada a concentrarse para poder aguantar. Él suelo era irregular, lleno de barro y escombros, pero él se sirvió de la Fuerza para mantenerse en pie. Saltó sobre una pirámide de bloques de piedra y empleó el impulso para saltar por los aires y aterrizar a la izquierda de su contrin-cante. En lugar de retroceder, ella dio un paso adelante. Un movimiento impredecible en cualquier otro adversario, pero no en Ona Nobis.

Bien. Él se lo esperaba, era lo que había planeado. Giró en mitad del aire, añadiendo impulso a su salto y aterrizó tras ella. Ahora, Ona Nobis estaba de espaldas a una poza excavada y llena de barro y agua. Era imposible saber si era superficial o si tenía una profundidad de metros.

Él la hizo retroceder sin descanso. Vio cómo su cara se retorcía en una mueca furibunda al retorcer el látigo, falta-ron milímetros para que lo hundiera en la carne de Obi-Wan. El asestó una estocada vertical. Los haces de luz se enreda-ron con un zumbido estruendoso.

De repente, ella tenía la pistola en la mano. Él apenas vio un borrón en el momento en que ella la desenfundó.

Pero Obi-Wan estaba preparado, y hacía girar el sable láser de manera vertiginosa para rechazar el fuego. La Fuerza manaba de él, dándole seguridad en cada movimiento.

Pero no podía concentrarse en todo a la vez. Perdió su conexión con el suelo. La resbaladiza superficie enfangada estaba llena de grava. Obi Wan resbaló perdió el equilibrio. Consiguió recuperarlo antes de caer, pero la pérdida de concentración le costó cara.

Ella se desplazó hacia su derecha y se abalanzó hacia delante, disparando al mismo tiempo. Obi-Wan se resbaló en las piedrecillas, luchando firmemente por volver a ponerse

de pie, mientras rechazaba la terrible ronda de disparos y doblaba el cuerpo. Sintió la sacudida de aire cuando el látigo se enredó a su alrededor.

Por primera vez, comenzó a preocuparse de verdad Ella era mejor que él, y él lo sabía. No tenía el control per-fecto de la Fuerza que tenía Qui-Gon. Y no podía enfrentar-se al reto doble del látigo y la pistola láser. No podía acer-carse lo bastante como para quitarle sus armas, y dudaba que tuviera la suerte de capturar el látigo una segunda vez En Simpla-12 lo consiguió porque Astri arremetió contra la cazarrecompensas con un gravitrineo.

"La duda es tu primer enemigo". ¿Cuántas veces había oído eso en clase? Y, aun así, sabía que sus dudas estaban justificadas. Con un látigo, y además un pistola láser, podía mantenerlo en movimiento mientras ella permanecía quieta. Más tarde o más temprano, Obi-Wan se cansaría. Se dio cuenta de lo mucho que dependía de Qui-Gon en el comba-te. Podía recurrir a una estrategia de Qui-Gon, pero él no. podía crear una por sí mismo. Podía resultar un buen opo-nente, incluso podía llegar a herir a Ona Nobis si conseguía acercarse lo bastante, pero ella iba a ganar. Conocía bien el terreno, y era ella la que le había tendido la trampa. Y el había caído de lleno en ella.

Todos esos cálculos llenaban la cabeza de Obi-Wan mientras recuperaba el equilibrio, y fingía un ataque ante e cual Ona Nobis se vio obligada a retroceder unos pasos Pero él sabía que era una victoria temporal.

"La decisión más difícil", le había dicho Qui-Gon en cierta ocasión, *"es la de huir".* Él no lo entendió en su momento. Ahora sí. Contradecía todo lo que había aprendi-do sobre el combate, todo lo que era como Jedi.

¿O no? La misión era su principal preocupación.

Ona Nobis no formaba parte de la misión. Por lo que

ellos sabían, ya no tenía relación con Jenna Zan Arbor. Ella quería luchar solamente por venganza. Lo que significaba que no había razón para luchar. Tras Ona Nobis había unas vigas altas que soportaban de las paredes. Necesitaba unos pocos segundos, eso era todo.

Concentrando toda su voluntad, alzo una mano hacia un cortador láser que estaba en el suelo. Sintió la Fuerza moviéndose, y el cortador se deslizó por el barro y voló, con impulso repentino, directo hacia Ona Nobis.

Sorprendida, la cazarrecompensas chasqueó el látigo hacia el proyectil. Obi-Wan sintió la potencia en sus piernas cuando saltó por encima de la cabeza de ella, hacia la viga superior. Llegó a la viga y resbaló un poco por el barro que tenía en las botas. Pero sabía que recuperaría el equilibrio. Flexionó las piernas y saltó de nuevo hacia una viga superior.

A sus pies, el látigo serpenteaba hacia él. No pudo alcanzarlo, porque él siguió subiendo hacia la siguiente viga. Desde ahí comenzó a descender a saltos, lejos del alcance de Ona Nobis, en la parte más alejada de la obra. El grito de furia de la cazarrecompensas resonó en sus oídos mientras él escapaba a todo correr.

Capítulo 9

Siri estaba esperando a Obi-Wan en la recepción con sus intensos ojos azules brillando de impaciencia. —Este sitio es una locura —dijo ella antes de que Obi-Wan pudiera hablar—. No hay ala M. Y si la hay no la encuentro, y ya sabes lo encantadores que pueden llegar a ser los sorrusianos. Además, Astri ni siquiera está registrada. Fui al ala A, y no tenían ni idea de quién era. Así que pregunté por Rai Unlu. Alucina, tampoco tienen ni idea de quién es. 0 al menos eso es lo que me han dicho. No sé si están mintiendo o si estoy atrapada en una pesadilla —de repente, Siri se dio cuenta de que Obi-Wan tenía la túnica llena de barro y la cara sucia—. ¿Te has caído en un charco?

—Acabo de tener un encuentro con Ona Nobis —dijo Obi-Wan—. Todo esto ha sido una emboscada. No creo que Astri esté ni siquiera cerca de aquí. Ona Nobis nos hizo venir para poder vengarse de mí.

—¿Y qué ha pasado? —preguntó Siri, que instintiva-mente se preparó para la acción.

Para Obi-Wan, la decisión de abandonar la batalla había sido dura, pero no había pensado en cómo sería decír-selo a Siri. Era casi peor.

—Peleamos. Yo me marché —dijo.

Siri le miró incrédula.

—¿Escapaste?

Obi-Wan sintió cómo crecía su irritación. ¿Por qué tenía Siri que decirlo así? Se esforzó por no demostrar su rabia. La mejor manera de contar lo que había pasado era no dar excusas.

—Esta vez tenía las de perder —las palabras salieron

suavemente de su boca, pero él se sintió como si se las hubieran arrancado de la garganta.

Siri abrió la boca, pero la cerró de golpe. Obviamente, había muchas cosas que quería decir. Y también era obvio que Adi le había enseñado bien. Por una vez, se guardó sus pensamientos.

Pero la expresión de su rostro decía mucho más de lo que hubiera expresado cualquier palabra. Siri no podía entender que se pudiera abandonar el escenario de la batalla. No podía imaginar una situación en la que ella tuviera que rendirse, pero ella no había combatido en tantas ocasiones como Obi-Wan. Estaba más acostumbrada a las salas de entrenamiento del Templo, donde solía ganar. Cuando perdía, saludaba solemnemente a su oponente, consciente de que después le vencía en el siguiente encuentro.

No se había dado cuenta todavía de que, incluso para los mejores Jedi, había batallas que no se podía ganar. Qui-Gon había enseñado eso a Obi-Wan. Por mucho talento que tuviera como luchador, Qui-Gon sabía que la batalla solía dar uchas sorpresas. Podías prepararte para ello, pero no podías adivinar lo que iba a pasar. Algunas veces había que recortar las pérdidas.

Quería contar todo eso a Siri, pero ella no le escucha-ría. Le gustaba averiguar las cosas por sí misma. Y no era precisamente una persona comprensiva.

—Tenemos que llamar a Qui-Gon y a Adi —dijo Obi-Wan, dándose la vuelta.

Encontraron un sitio resguardado para hablar en los jar-dines del centro del complejo médico. La voz calmadada de Qui-Gon resonó en el intercomunicador. Obi-Wan le contó rápidamente lo que había pasado.

Hubo un silencio.

—Has hecho bien, padawan —dijo Qui-Gon. Obi-Wa sintió que la tensión de su cuerpo se aliviaba lentamente. Qui-Gon comprendía su decisión, menos mal—. Ahora mismo, Ona Nobis no es más que una distracción, pero lo que me cuentas me perturba. Astri no ha contactado con Tahl. Si Ona Nobis la utilizó como cebo, significa que sabe que Astri está en Sorrus. Seguro que sabe dónde está.

—Siri y yo podemos ir a buscarla...

—No —interrumpió Qui-Gon—. Por muy difícil que parezca, estoy de acuerdo con Tahl. Astri ha tomado su pro-pia decisión. No ha pedido nuestra ayuda.

—Pero...

—Obi-Wan, escúchame. No hagáis nada. Tahl, Adi y yo discutiremos esto. Siri y tú regresad al Templo de inme-diato.

Su tono de voz sonó más estricto que nunca. Obi-Wan volvió a ponerse el intercomunicador en el cinturón. Algo reacio, se giró hacia Siri.

—Podemos pedir a alguien que nos lleve en la plata-forma principal.

Ella asintió. Permaneció callada mientras regresaban a la plataforma de aterrizaje. Obi-Wan tampoco sabía qué decir. Siri y él se unieron en la misión en Kegan. A él le gustó su espíritu animado y su humor, y llegó a depender de su valor. Era obvio que todavía les quedaba mucho camino

de la batalla. Ella hubiera contado con él. Siri sólo confiaba en sí misma.

Cuando llegaron a la plataforma de aterrizaje, Obi-Wan buscó un carguero que fuera a Coruscant. El primer piloto al que se acercó les dijo que no, pero señaló a otro.

—Donny Buc está a punto de marcharse. Puede que os lleve Ha retrasado su salida un día por averías, pero ya está listo para partir.

Obi-Wan vio a un piloto agachado junto a su nave, bebiendo de un cartón de zumo de muja. Hizo un gesto a Siri y se acercó a él.

—Claro, siempre tengo sitio de sobra para los Jedi —dijo el piloto —. ¿Estáis listos para partir?

—Sí —Obi-Wan tuvo una intuición repentina—. ¿Sabes si ha habido alguien más que haya pedido que la lle-ven hoy? Es alta y tiene la cabeza afeitada...

—Claro, la recuerdo —dijo el piloto, acabándose el zumo. Llevaba un andrajoso casco de cuero y lucía una barba negra—. Ella y sus amigos estaban buscando un medio de transporte al desierto.

¿Amigos? —preguntó Obi-Wan, asombrado.

—Tres —dijo el piloto—. No paraban de pelear por cuánto estaban dispuestos a pagar. No escuchaban ni una Palabra de lo que decía la chica.

Obi-Wan cerró los ojos.

—¿No se llamarían Cholly, Weez y Tup, por casualidad?

—¡Sí! soltó el piloto—. Menuda pandilla de tontos. —Les llevaste a Arra? —preguntó Obi-Wan. Sin duda era el sitio al que ella iría.

El negó con la cabeza. —No pude llevarlos, tenía que esperar por motivos téc-nicos. Les dije que cogieran un aerotaxi. Les vi caminando hacia la lataforma de taxis.

Obi-Wan llevó a Siri a un lado. —Ahora sí que podemos estar seguros de que Astri está aquí. Tenemos que comprobar esta información. No tardaremos mucho. Si este piloto nos lleva primero a Arra, podremos recoger a Astri y llevarla al Templo.

—Pero Qui-Gon y Adi nos dijeron que volviéramos de inmediato.

—Eso fue antes de que supiéramos que Astri estaba aquí —replicó Obi-Wan—. Sabemos que Ona Nobis está aquí, en la capital, así que no correremos peligro. Pasaremos por allí recogeremos a Astri y volveremos directamente al Templo.

Siri negó con la cabeza.

—Es una pérdida de tiempo, Obi-Wan. Además, no entiendo por qué tenemos que rescatar a Astri. ¿Por qué alte-ra Qui-Gon las reglas por esa chica? No es una Jedi. No puede llevarnos hasta Jenna Zan Arbor. No es más que una distracción.

—Ella nos necesita —dijo Obi-Wan—. Qui-Gon la conoce desde que era pequeña. Si está en peligro y nosotros podemos ayudarla, tenemos que hacerlo. Y fue tu Maestra la que te envió aquí, a Sorrus.

Siri le miró con frialdad.

—Adi no quería. Estuvo de acuerdo con Qui-Gon por lealtad.

—Entonces tú deberías hacer lo mismo por mí.

Siri se quedó callada un rato. Escudriñó la lejanía como si contara los altos edificios de Yinn La Hi.

—Está bien —dijo al fin—. Pero no podemos tardar más de unas horas.

Obi-Wan llegó a un trato con el piloto rápidamente.

—De acuerdo. Sólo tengo que desviarme un poco —dijo el piloto —. Espero que vuestra amiga no se haya metido en líos.

Embarcaron en la nave y despegaron. La impaciencia de Obi-Wan hizo que el viaje se le hiciera eterno. Cuando el piloto comenzó a ralentizar los motores e inició el pro ceso de aterrizaje, una luz de alarma parpadeó de repente en el panel.

—Bueno, que me eclipsen, otra vez el mismo problema

—dijo, golpeando el panel de un puñetazo—. Ese mecánico consiguió arreglarlo. Quizá tendría que haber comprado esa pieza de repuesto. Voy a tener que dejaros y volver a Yinn.

—¡Pero tenemos que ir a Coruscant! —exclamó Siri.

—Pues podéis volver conmigo ahora si queréis —dijo Donny Buc, parando los motores—. No os preocupéis, lle-garemos a la plataforma de aterrizaje. Sólo tardaremos un par de horas.

Siri gruñó con frustración.

—¡No puedo creerlo! A estas alturas ya podríamos estar a medio camino de Coruscant.

—Perdona, niña —dijo Buc alegremente—. La hiper-velocidad está escacharrada. Menos mal que nos hemos des-viado y puedo volver al mecánico. Supongo que en Yinn podréis coger otro transporte. Pero creo que yo era el único que iba a Coruscant hoy.

Sin resopló al oír que la llamaba "niña". —No me gusta ninguna de esas opciones.

—Sólo serán unas pocas horas de retraso —dijo Obi-Wan.

—Puede que menos —dijo Buc, encogiéndose de hombros. También podemos bajarnos aquí —dijo Obi-Wan a

Siri—. Podemos buscar a Astri mientras esperamos. Ya que hemos llegado hasta aquí...

Siri apretó los labios. Asintió enfadada.

—Vale, déjanos aquí —dijo Obi-Wan a Donny Buc—. Estaremos en la plataforma de aterrizaje dentro de dos horas.

—Que sea hora y media. Hoy es mi día de suerte

Donny Buc realizó un atropellado aterrizaje. El grupo bajó de la nave, que despegó a trompicones para regresar a Yinn.

Siri y Obi-Wan recibieron una bofetada de aire caliente.

—Lo único que puedo decir es que más le vale volver —refunfuñó Siri.

Obi-Wan abría el camino por la arena. Se sentía agra-decido por el hecho de que Siri hubiera accedido a detener-se. Puede que se mostrara un tanto desdeñosa en el Centro Médico, y quizá estuviera algo enfadada, pero había algo que se podía asegurar: Siri era leal.

Caminaron por las dunas. Obi-Wan no vio ni rastro de la tribu ni del grupo formado por Astri y sus tres acompa-ñantes. Pero percibió en la lejanía el brillo del metal.

—Siri, mira.

Ella se cubrió con las manos del sol.

—Es un aerotaxi —dijo—. Vamos.

Corrieron, con la arena retrasando sus pasos.

El aerotaxi estaba hundido en la arena, pero no parecía haber chocado. Cuando se acercaron, Obi-Wan vio un mon-tón de ropa en el asiento de delante.

Se le aceleró el corazón. No era un montón de ropa. Era el piloto. Lo habían estrangulado.

Capítulo 10

Respirando a duras penas, Obi-Wan se acercó para observar el resto de la nave. Intentó prepararse para la visión del cuerpo sin vida de Astri, pero ¿cómo puedes prepararte para algo así?

El aerotaxi estaba vacío, a excepción del piloto. —¿Qué hacemos, Obi-Wan? —preguntó Siri en voz baja. Miraba de un lado a otro, ansiosa—. ¿Crees que fue Ona Nobis la que mató al piloto? —No me cabe duda.

—¿Qué crees que le pasó a Astri? ¿Crees que...? —No lo sé —dijo Obi-Wan, incómodo. —Puede que se haya escondido. ¿Se te ocurre algún sitio en el que mirar?

—Sí —dijo Obi-Wan. Intentó ignorar el presentimien-que comenzó a sentir en su interior—. Hay un sitio.

Cuando Astri y yo vinimos aquí, la tribu local nos llevó hasta el escondrijo de la cazarrecompensas.

Condujo a Siri por la irregular pared de piedra que rodeaba al cañón. Cuanto llegó a una abrupta esquina, se detuvo.

—Ponte la capucha —le avisó—. El viento sopla con mucha fuerza al doblar esta esquina. Pase lo que pase, no me pierdas de vista.

Siri asintió, poniéndose la capucha sobre la cabeza. Él hizo lo mismo.

Al doblar la esquina se enfrentaron a un fuerte viento aullante. Los granos de arena les herían en las partes expues-tas de la piel. Obi-Wan apoyó una mano en la pared para no perderse. Apenas veía a uno o dos metros por delante.

Se puso de rodillas, indicando a Siri que le siguiera. Pasó los dedos por la roca, buscando la abertura que condu-cía al escondite de la cazarrecompensas.

Fue un alivio acceder al fin a la estrecha entrada. No podía ponerse de pie, pero la fresca arena bajo sus dedos era un alivio. Se quitó la túnica y se sacudió la arena de la cara y del pelo.

—La cueva se ensancha más adelante. Podremos poner-nos de pie —susurró a Siri. Estaba bastante seguro de que Ona Nobis no estaba allí, pero estaba preparado para enfren-tarse a ella si estuviera. Esta vez tenía a Siri para ayudarle.

Gateó por la fría y húmeda arena, abriéndose paso casi por instinto. Vio la estrecha abertura más adelante y se coló por ella. El aire cambió de repente, y supo que estaba en un espacio abierto más grande. La oscuridad se aclaró. Espero un instante y encendió la linterna.

Astri estaba sentada, apoyada contra la pared, junto a Cholly, Weez y Tup. Estaban atados unos a otros por muñe-cas y tobillos. Tenían mordazas en la boca. Astri abrió los ojos de par en par.

—No os preocupéis, soy yo —dijo Obi-Wan, por si no podían verle.

—¡Mmmmfff! —Astri luchaba por quitarse la morda-za. Cholly pateó el suelo de la cueva.

—Vale, vale, ya voy —dijo Obi-Wan, acercandose ellos rápidamente. Quitó la mordaza a Astri, y ella habló rápidamente.

—¡Trampa! —exhaló Astri cuando Obi-Wan le retiro la mordaza

—¿ Oué...?—la pregunta de Obi-Wan fue interrumpida

por un fuerte y apresurado ruido a sus espaldas. Él se giró y corrió hacia la abertura, pasando por delan-te de Siri Se tumbó e intentó avanzar, pero ya era demasia-do tarde. La arena y las rocas caían desde el techo de la cueva apilándose en la entrada de la gruta. No podía hacer nada. Comenzaron a caer rocas más grandes que se encaja-ron con las anteriores. En pocos momentos, la entrada de la caverna quedó sellada, y ellos estaban enterrados vivos.

Capítulo 11

Obi-Wan gateó de vuelta hacia la amplia estancia de la gruta. Se quitó el polvo de los ojos y cogió el intercomunicador.

No funcionaba.

—¿Siri?

Ella negó con la cabeza.

—El mío tampoco.

Astri se pasó las manos por la corta cabellera que ya le comenzaba a crecer en el cráneo rapado.

—Lo siento, Obi-Wan. Nos dejó aquí para morir, pero ella esperaba que nos encontraras. Cuando entrasteis a gatas, activasteis un sistema de seguridad que hizo caer todas esas piedras.

Obi-Wan asintió. Se sintió fatal por haber vuelto a caer en una trampa. Nunca llegó a contarle a Qui-Gon lo del escondite de Ona Nobis. No había habido tiempo. Se lo contó a Tahl, pero no llegó a darle detalles. Todo había sido demasiado rápido. Y ahora nadie sabía dónde estaban.

Siri liberó a Cholly, Weez y Tup. Tup gruñó al estirar las piernas.

—Qué hambre tengo.

—No te durará mucho —dijo Weez.

A Tup se le iluminó la cara. —¿Tenemos comida?

—Ño idiota. Vamos a morir pronto —se burló Weez. Tup palideció.

—No tienes por qué ser tan negativo, hombre. Estamos

con los Jedi. Pueden hacer de todo.

Cholly se agachó para mirar por la abertura al interior

de la cueva.

—No pueden hacer un túnel en una roca —dijo.

—Todavía no habéis muerto —les dijo Siri—. Vamos,

Obi-Wan. Veamos si podemos atravesar esas rocas con nuestros sables láser.

Obi-Wan siguió a Siri hacia la parte estrecha de la cueva. Se arrastraron por el suelo. El poco espacio sólo les permitía estar en cuclillas, uno al lado del otro. Activaron sus sables láser y cortaron las rocas.

Las piedras se pulverizaron, generando una arenilla que rellenó los huecos entre rocas, lo que provocó que el mon-tón se hiciera todavía más compacto.

—Esto no va a funcionar —dijo Obi-Wan. Se sentó y apagó el sable láser. Se quitó el barro de la cara con la manga—. Ahora es cuando tú me dices: "te lo dije".

Siri se sentó junto a él y se quitó el polvo de la túnica con las manos.

—Si vuelves a decir algo así —murmuró ella—, te pego. Tiene que haber otra forma. Quizá esa cazarrecom-pensas tenga herramientas en la gruta.

—Estoy segura que se deshizo de ellas. Ona Nobis lo planea todo.

Siri se dio la vuelta con un gruñido, y comenzó a arrastrarse de vuelta hacia la caverna.

—Pero puede que no supiera que era una herramienta. Intrigado, Obi-Wan se arrastró tras ella. En cuanto

entraron en la amplia estancia se pusieron de pie. Siri encontro otras dos linternas y las encendió. Buscaron por la cueva mirando en los bidones en los que Ona Nobis guardaba los equipos de supervivencia y los paquetes de proteínas.

—¿Puedo ayudar? —preguntó Astri—. ¿Qué bus-camos?

—Herramientas —dijo Obí-Wan—. Algo con lo que poder excavar.

Astri suspiró.

—Ona Nobis se llevó un bidón de herramientas al mar-charse. No dejó nada. Ni comida ni agua.

Siri se sentó en cuclillas.

—No podemos excavar con las manos. Nunca conse-guiremos salir.

Un tenue lamento de Tup acabó en un aullido cuando Cholly le dio una patada.

Siri pasó la mirada por la cueva. De repente, alzó la lin-terna. Se puso en pie y, con un movimiento rápido, se acer-có a estudiar la pared de la roca.

—Mira, Obi-Wan.

Obi-Wan se colocó junto a ella. Vio que las paredes de la cueva tenían incrustadas vigas de metal.

—¿Crees que la cueva se hundiría si quitamos algunas de éstas? —preguntó Siri.

Otro lamento por parte de Tup. Esta vez, Weez se unió.

Astri se acercó. Miró por la cueva, contando el número de vigas.

—No soy ingeniero, pero apuesto a que podríamos sacar algunas.

—¿Apuestas? —preguntó Tup—. ¿No estás segura?

—No puedo estar segura —dijo Astri—. Pero si es nuestra única oportunidad, creo que merece la pena, ¿no?

—No —dijo Tup con un hilo de voz.

Astrí se volvió hacia Siri. —¿Oué crees que podríamos hacer con ellas? —Son brillantes —dijo Siri—. Y parecen flexibles.

Creo que si podemos meterlas entra las rocas y la arena, podremos hacer señales al exterior.

Cholly se quedó atónito.

—¿Qué exterior? ¡Ahí fuera sólo hay desierto!

—Hay una tribu cerca —dijo Astri—. Suelen aventu-rarse en busca de comida. Puede que alguien lo vea.

—O que alguien venga a buscarnos —dijo Obi-Wan.

—O puede que toda la cueva se caiga sobre nuestras

cabezas —dijo Tup. Sus manos se estremecieron imitando el movimiento del techo cayendo sobre ellos—. Pum.

—Creo que deberíamos votar —dijo Obi-Wan. Miró a Siri y a Astri, que asintieron de inmediato. Choliy también asintió, nervioso. Weez accedió, encogiéndose de hombros. Después dio un codazo a Tup.

—Supongo que es mejor que morirse de hambre —dijo Tup, tembloroso.

Siri apretó los dientes. Activó su sable láser y comenzó a cortar lentamente la barra de metal, que se separó de la pared. Obi-Wan se acercó para agarrarla. Un chorro de barro le cayó por la cabeza, y Tup cayó de rodillas y se cubrió la cabeza con las manos.

—¡Por todos los planetas, estamos muertos! La lluvia de arena cesó. Obi-Wan contempló el techo.

—Todo va bien —dijo él—. Creo que aguantará. —Cree que aguantará —repitió Tup.

—Callate, Tup! —gritaron Weez y Choliy. Otro chorro de barro se precipitó desde el techo.

—Venga, Obi-Wan —dijo Siri—. Veamos si podemos meter esto.

Se colaron por la abertura y avanzaron, arrastrándose Les costó muchísimo, pero, primero Obi-Wan y después Siri, introdujeron la viga por las grietas de las rocas. Siri golpeó una roca y movió la viga para intentar seguir avan-zando. La viga se partió.

—Tendremos que probar con otra —dijo Siri.

Esta vez, Tup se hizo un ovillo y cerró los ojos mien-tras Obi-Wan cortaba la segunda viga. La quitó de la pared y tuvo que saltar hacia atrás cuando una cascada de barro y rocas se precipitó hacia el suelo. Oyeron un temblor por encima de sus cabezas.

—Tup, no digas ni una palabra —soltó Astri.

Siri y Obi-Wan volvieron a la entrada y lo intentaron de nuevo. Trataron de guiar la barra por la abertura más pequeña. Empujaron, tiraron, probaron y maniobraron, pero no consi-guieron sacar la viga por el otro lado. El sudor les generaba churretes al mezclarse con el barro de la cara. Obi-Wan miró fijamente a Siri. Llegaron a un acuerdo tácito. Esta vez, el joven cerró los ojos mientras movía la viga suavemente. Ambos invocaron a la Fuerza. Sintió el poder arremolinándo-se a su alrededor. La arena y las rocas eran parte de él. Estaban conectadas con todo lo que le rodeaba. Podía sentir los peque-ños ríos de espacio entre los amontonados escombros.

Obi-Wan manipuló el rodillo cuidadosamente. Sintió cómo avanzaba. Lo agitó.

—Creo que ya está fuera.

—Vale. Empújalo todo lo que puedas —susurró Siri.

Lentamente, Obi-Wan empujó la viga hasta que sólo tuvo el extremo agarrado. Lo agitó.

—Puede que si el viento amaina, el sol brille sobre la viga—dijo Siri.

Obi-Wan no estaba seguro de que el viento amainara alguna vez en aquel desfiladero, pero no se lo dijo a Siri.

Durante las siguientes horas, se turnaron para agachar-se en la estrecha entrada de la cueva y sujetar la viga por el extremo. La giraban y la movían cuidadosamente, por si podían reflejar algún rayo de sol.

El grupo dividió las raciones de supervivencia de Siri y Obi-Wan, pero no consiguió apaciguar el hambre y la sed. El aire comenzó a calentarse y a hacerse más denso. Apenas hablaban ni se movían, para poder conservar el poco oxígeno que les quedaba.

Cuando le llegó el turno, Obi-Wan cogió la viga a un Tup apesadumbrado. Se tumbó bocabajo y movió la barra metálica. Estaba fatigado tras el rescate de Qui-Gon y la batalla contra Ona Nobis. No recordaba la última vez que había dormido, pero tenía que tumbarse ahí y mantenerse lo más alerta posible el mayor tiempo posible. Mientras hubiera esperanza...

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

—¡Sí! ¡Estamos atrapados! —gritó Obi-Wan.

—Soy Goq Cranna. ¿Quién está ahí?

—¡Goq Cranna, soy Obi-Wan Kenobi! ¡Soy el Jedi que visitó tu tribu y te pidió ayuda!

—Ah, entonces menos mal que me he parado. Apártate, Joven Kenobi. Vamos a sacarte de ahí.

Obi-Wan regresó a la cueva. Siri, Astri, Cholly, Weez Y Tup estaban sentados contra la pared de la caverna, exhaustos.

—¡Goq Cranna nos ha encontrado! —dijo Obi-Wan—. Están excavando para sacarnos de aquí.

—Loados sean los planetas y las estrellas —dijo Tup fervoroso.

A Gog le llevó bastante tiempo abrir la entrada. Al final , la luz entró, y todos vieron la sonriente cara de Bhu, el hijo de Goq.

Salieron a gatas de la cueva hacia el resplandor anaranjado del atardecer.

—El viento amaina al atardecer. Gracias a eso hemos visto el brillo de la viga —dijo Goq—. Pero estábamos investigando. Vimos el piloto muerto y supimos que Ona Nobis había estado aquí. Nos escondimos. Pero luego, cuando volvimos a salir, nos encontramos con un piloto que nos dijo que había quedado en recoger a dos pasajeros en la plataforma de aterrizaje. No aparecieron. Bhu dijo: "¿y si la señora maravillosa que salvó a nuestra tribu estuviera en peligro?". Así que decidí investigar. Bhu os salvó.

Bhu sonrió tímidamente a Astri, que le abrazó.

—Gracias, Bhu.

En su último viaje, Astri realizó un trueque con Bhu a cambio de información sobre Ona Nobis. Ella enseñó a la tribu del desierto a encontrar comida en un entorno hostil. Era obvio que ahora Bhu la adoraba.

Siri se pasó el pelo por detrás de las orejas, sacudién-dose la arena.

—¿Habéis visto a Ona Nobis?

—La tuve tan cerca que podría haberla tocado —le dijo Goq—. Estaba próximo a ella cuando llamó a alguien por el intercomunicador. Alguien estaba intentando convencerla de que hiciera algo, y le ofreció una enorme suma de dine-ro a cambio.

—¿Oíste si aceptó, o hacia dónde se dirigía? —le preguntó Obi-Wan con urgencia.

—Sólo escuché palabras sueltas —dijo Goq. La mirada se le quedó perdida. Obi-Wan reconoció el gesto. Era la típi-ca actitud de un sorrusiano que no quiere verse involucrado en los asuntos de un extranjero. Obi-Wan miró a Astri.

—Estoy seguro de que oíste algo —dijo Astri suave-mente, con la mano todavía apoyada en el hombro de Bhu.

La mirada de Goq se enterneció al ver a Astri y a su hijo. Astrihabía salvado a su tribu. Eso era suficiente para superar su instinto sorrusiano de la auto-preservación a toda .costa

—Sé adonde se dirige, señora maravillosa. A Belasco.

***

Obi-Wan estaba en la plataforma de aterrizaje de Arra. Las puestas de sol eran largas en Sorrus, y el cielo seguía teñido de naranja y amarillo. Acababa de terminar una difí-cil conversación con Qui-Gon. No fue fácil contar a su Maestro que había contrariado sus órdenes y que se había detenido en el desierto antes de dirigirse hacia Coruscant.

Y ahora esperaba mientras Qui-Gon callaba.

El Jedi habló al fin.

—Sabías que tenías que ir directamente a Coruscant.

—Pensamos que podríamos realizar una breve parada. Y estaba convencido de que Astri estaba en peligro.

—La parada no fue rápida, y pusiste en peligro tu vida y la de Siri.

—Pero ahora sabemos que Ona Nobis se dirige a... ¡Es el planeta natal de Uta S'orn, la única amiga de Jenna Zan Arbor! No puede ser una coincidencia. Uta S'orn podría estar en peligro. ¡Deberíamos ir allí de inmediato! Se produjo otro largo silencio. —Adi y yo estamos muy decepcionados con vosotros dos. Lo discutiremos más adelante. Por ahora, nos encon-traremos en Belasco.

Capítulo 12

Qui-Gon miró por la ventanilla de la nave diplomá-tica que transportaba a los Jedi hasta Belasco. Desde arriba, la capital, Senta, relucía. Había sido construida hacía siglos sobre una base de piedra local de color rosáceo. Era una vista espectacular, con la ciudad coronando las colinas doradas que rodeaban un mar de color azul intenso.

Estiró los brazos y las piernas, comprobando su fuerza. Su constante debilidad le asqueaba. Sabía que no le había dado a su cuerpo la posibilidad de recuperarse, pero le moti-vaba el intenso deseo de llevar a Jenna Zan Arbor ante la jus-ticia. Él era quien sabía de primera mano cómo funcionaba la mente de la científica. No podía dejar la misión a otro.

—¿Sientes que estás recuperando las fuerzas? —le pre-guntó Adi amablemente. Él sabía que ella no le haría una pregunta tan personal si no estuviera preocupada.

—Sí —dijo brevemente. Adi le caía bien y la resp ba, pero no quería confesarle sus preocupaciones. Esper que la conversación acabara ahí.

Pero tenía que haberlo sabido. Adi no era curiosa. Pero cuando quería una respuesta sincera, no se rendía.

—En el laboratorio me di cuenta de que tu conexión

Fuerza era un tanto débil —dijo Adi—. No quiero que vuelvas al Templo si no quieres, jamás te lo pediría. Pero...

—Adi giró la cara para mirarle directamente. Qui-Gon se vio obligado a aguantar la mirada oscura e imperativa de la Jedi. Cuando quería, Adi era casi tan intimidatoria como Mace Windu.

—Sólo quiero dejar las cosas claras —prosiguió ella—. Esto es lo que yo veo. Estás fingiendo una recuperación completa, pero no te has recuperado. Compensas tus debili-dades haciendo demostraciones de fuerza mediante estrate-gias y tomas de decisiones. Tendrías que haberme consulta-do ante de ordenar a Siri y a Obi-Wan la misión de Sorrus, Qui-Gon. Soy tu colega. No tu enemiga. Si tienes debilida-des, yo debería conocerlas.

Adi no dejaba nada suelto. Qui-Gon sabía que se había pasado. Debería haber consultado a su colega Jedi antes de dar aquella orden.

—Lo lamento —dijo él. No le costaba disculparse cuan-do sabía que se había equivocado. Aunque eso no significa-ba que le gustara hacerlo—. Tienes toda la razón. Mi cone-xión con la Fuerza se ha debilitado, igual que mi cuerpo.

Está bien. Ahora ya lo sé —Adi se giró para con-templar el exterior de la nave—. La plataforma de aterriza-je esta llena de gente. No veo a nuestros padawan.

—Más les vale estar allí —dijo Qui-Gon. Aún seguía rfadado por el hecho de que Obi-Wan hubiera realizado

Parada en el desierto de Arra sin consultarle—. A no ser hayan decidido embarcarse en otra de sus misiones independientes.

Adi le dedicó una de sus poco frecuentes sonrisas. —Lo hicieron bien, y lo sabes. Qui-Gon frunció el ceño. —Desobedecieron.

—Tenían razones para hacerlo.

—No nos llamaron.

—Están aprendiendo a ser independientes.

—¿A costa de la obediencia?

Adi se apoyó en el respaldo.

—Ya sabes que los Jedi ven las cosas de forma distin-ta, Qui-Gon. No somos un ejército. Nuestra disciplina pro-cede del interior. Todos los Jedi tienen su propia conexión con la Fuerza. A todos nos enseñan a confiar en nuestros sentimientos y seguir nuestros instintos. Obi-Wan tuvo una fuerte intuición y la siguió. Siri le apoyó. Tú hiciste lo mismo en Kegan, y yo te apoyé..., aunque no me pidieras mi opinión. Me encanta que Siri esté aprendiendo a colaborar. A lo mejor Obi-Wan puede enseñarle más sobre ese tema que yo.

—Obi-Wan suele ser cauto —dijo Qui-Gon mientras la nave comenzaba los procedimientos de aterrizaje—. Aunque hay ocasiones en las que se deja llevar por sus emo-ciones. Y esas ocasiones me preocupan.

—El Consejo también se preocupa por vosotros —dijo Adi, divertida—. Obi-Wan y tú parecéis tan distintos. Aunque en el fondo seáis muy parecidos.

—Quizás eso no sea bueno —musitó Qui-Gon. Mientras la nave descendía, divisó a Obi-Wan de pie, espe-rándole.

Adi contempló a Siri, que esperaba junto a Obi-Wan.

—A mí me pasa lo mismo. La independencia y la rebel-día de Siri me recuerdan a mí misma. Al orientarla, me oriento a mí misma. Y eso es bueno.

Qui-Gon sintió que aquellas palabras le golpeaban el corazón. Obi-Wan miraba hacia arriba con expresión ansio-sa. Ser Maestro era difícil para Qui-Gon. El orgullo por su padawan chocaba con la necesidad de ser estricto. Él veía

mucho potencial en Obi-Wan. Quería moldear al chico para que llegara a ser mejor Jedi que él. Se impacientaba tanto consigo mismo como con su Obi-Wan. Se dio cuenta de que Adi tenía razón cuando era estricto con Obi-Wan, solía ser porque veía sus propios errores reflejados en el chico.

La nave diplomática se introdujo en un espacio estrecho entre otras naves más grandes. Adi se volvió hacia el piloto.

—No sabemos cuánto tiempo estaremos en Belasco, pero es probable que tengamos que marcharnos rápidamente.

—Estaré alerta, esperando su señal.

La rampa de descenso se activó, y Qui-Gon y Adi cami-naron hacia sus padawan.

Siri y Obi-Wan estaban frente a ellos con miradas expectantes. Esperaban a que sus Maestros dijeran algo.

Qui-Gon avanzó unos pasos.

—La próxima vez, llámame antes —dijo a Obi-Wan.

Adi habló en voz baja con Siri para que no les oyeran. Cuando era posible, prefería dar las instrucciones a su pada-wan en privado. Luego se volvió hacia Qui-Gon y Obi-Wan.

—Creo que el primer paso es prevenir a Uta S'orn de que podría estar en peligro —dijo—. Creo que estaréis de acuerdo conmigo en que si Ona Nobis está aquí, será porque Jenna Zan Arbor la ha llamado. El hecho de que Zan Arbor haya elegido el planeta natal de su vieja amiga no puede ser una coincidencia. Seguro que está planeando ponerse en contacto con Uta S'orn.

—No tenemos pruebas que ofrecer a la senadora S'orn, sólo sospechas —dijo Qui-Gon—. Pero le debemos por lo menos eso.

—Hemos averiguado que, debido a sus años de servicio, le han concedido una casa en palacio, en los viejos territorios reales —les contó Obi-Wan.

Qui-Gon asintió.

—Vayamos allí. Pero antes, ¿dónde está Astri?

—Estaba nerviosa por el hecho de verte —dijo ObiWan—. Se siente culpable porque piensa que nos puso a Siri y a mí en peligro.

Qui-Gon miró a su alrededor. Entre las hordas de gente que había en la plataforma de aterrizaje vio a Astri junto a la zona de facturación de salidas. Una larga cola de belasca-nos se alineaba alrededor de ella.

Se acercó. Astri parecía más delgada y musculosa, y la cabeza rapada le daba un aspecto violento. No parecía la chica bonita y dulce que él conocía. Pero sus ojos tenían la misma claridad y honradez. Y ahora estaban repletos de inquietud.

—Lo siento muchísimo —dijo ella—. No pensé que Obi-Wan me seguiría. Y no podía pedir más ayuda a los Jedi. Ya habéis hecho tanto por mí...

—Y lo hicimos con muchísimo gusto —dijo Qui-Gon—. Y la decisión de Obi-Wan fue decisión de Obi-Wan. Pero estoy preocupado, Astri. Didi se está recuperando rápi-damente. Encontrará nuevos inversores para un nuevo nego-cio. Y eso lo sabes. ¿Por qué sigues persiguiendo a Ona Nobis? No creo que sea por la recompensa.

La mirada cálida de la chica se tornó fría.

—Le disparó como si no fuera nadie, un mero obstac lo en su camino.

—Sí. No siente nada por los seres vivos. Pero la ven-ganza nos hace descuidados —dijo Qui-Gon—. Déjanos Ona Nobis a nosotros.

Ella negó obstinadamente con la cabeza.

—No puedo.

Irritado, Qui-Gon guardó silencio. No podía controlar el comportamiento de Astri. Era una distracción para la

misón, pero no podía permitir que fuera sola. El era demasiado amigo de su padre, y ella le preocupaba demasiado como para dejarla adentrarse sola en el peligro.

Qui-Gon suspiro.

—No tengo derecho a decirte lo que has de hacer.

—En eso estamos de acuerdo —dijo Astri sonriendo.

—Pero tengo derecho a pedirte algo —añadió Qui-Gon.

Ella le miró cautelosa.

—Quédate con nosotros de momento. Ona Nobis está en Belasco. O la encontramos o ella nos encontrará. Aprenderás más a nuestro lado que sola.

Astri, indecisa, asintió.

—De acuerdo. Gracias.

—Si insistes en tu actitud, no podré protegerte —le advirtió Qui-Gon—. Pero al menos me gustaría que estu-vieras cerca.

Obi-Wan se acercó.

—Adi está sintiendo una perturbación en la Fuerza.

Qui-Gon ocultó su preocupación. No había sentido nada.

—Está bien —dijo rápidamente—. Vamos, Astri. ¿Y mis amigos? —preguntó Astri.

Obi-Wan echó un vistazo. Vio a Cholly, Weez y Tup a poca distancia, intentando pasar desapercibidos.

Qui-Gon frunció el ceño.

—Después de pasarte años desaprobando las amistades Padre, ¿ahora eres tú la que sales con delincuentes?

Astri elevó la comisura del labio.

—No son lo suficientemente competentes como para ser delincuentes. Y ya les estoy cogiendo cariño. Con un aspiro, Qui-Gon indicó a Cholly, Weez y Tup que se acercaran. El trío avanzó inquieto. — Parece que no podemos librarnos de vosotros —les dijo Obi-Wan.

—Nuestra política suele ser la de huir de los problemas —le dijo Cholly—. Así que no te preocupes.

El grupo se dirigió hacia Astri y Siri.

—Algo va mal, Qui-Gon —le dijo Adi en voz bai Siento desesperación y miedo cercanos. Mira el mostrar) de facturación.

La mirada de Qui-Gon recorrió a los belascanos que hacían cola. Ahora que Adi le había alertado, sintió lo que debía haber percibido hacía mucho tiempo: una agitada per-turbación en la Fuerza. Pero no necesitaba la Fuerza para notar el miedo en los rostros de los belascanos.

—Tienes razón —dijo—. Y esta plataforma de aterri-zaje está más repleta de lo normal.

—Y parece que todos se van, no que llegan —obser-vó Siri.

—Adentrémonos unas cuantas manzanas en la ciudad —sugirió Adi —. Quizá averigüemos lo que pasa.

Cogieron el turboascensor para bajar desde la platafor-ma de aterrizaje principal a las calles de la ciudad.

—No hemos tenido mucho tiempo para investigar sobre Belasco — dijo Adi—. Esto es lo que sabemos. Es un planeta próspero con un rígido sistema de clases. El planeta estuvo gobernado en un tiempo por una familia real, pero ahora tienen líderes electos, que a su vez eligen a su pr°P Consejo. Los senadores gozan de gran admiración.

—Y Uta S'orn es una de las favoritas de Min K'ate, el actual líder —dijo Obi-Wan.

—Mirad —señaló Qui-Gon—. Hay clínicas instaladas en casi cada esquina. Parecen temporales. Puede que una epidemia repentina haya afectado a la población. No hay mucha gente por la calle.

Un belascano anciano estaba sentado en el escalón de su portal, con las manos colgando entre las rodillas y la

mirada perdida. Llevaba el distintivo y elaborado turbante de los belascanos, pero los dos extremos le colgaban por los hombros como si de repente hubiera perdido interés en ponérselo. Adi se acerco.

—Disculpe que le moleste —le dijo amablemente—. Acabamos de llegar a su planeta. Sentimos que algo va terri-blemente mal.

—Terriblemente mal —el atractivo anciano les dirigió una mirada perdida—. ¿No lo habéis oído? Nuestro sumi-nistro de agua está contaminado.

—No lo sabíamos. Su suministro de agua procede del Gran Mar, ¿no es cierto? —preguntó Adi.

Él asintió,

—Pasa por los depósitos desalinizadores, y así obtene-mos el agua para el consumo. Cada siete años nos invade una bacteria natural. Para eso estamos preparados. Sabemos cómo contenerla, así que almacenamos agua mientras los científicos la controlan. Este año no han podido hacerlo. La bacteria se ha multiplicado y se ha expandido, llevándose por delante las vidas de muchos ancianos y niños. Entre ellos, mi nieta.

—Lo siento muchísimo —dijo Adi. Se agachó para acariciar brevemente al anciano en el hombro. A pesar de las frías maneras de Adi, su naturaleza intuitiva le hacía reco-nocer el sufrimiento.

—No estoy solo —prosiguió el belascano. Su mirada vacía barrió la calle desierta—. Hay muchos afectados en Belasco. Incluso la propia hija del Líder. Casi todos los enfermos son niños o ancianos. El Líder ha instalado puestos médicos en la finca real. Pero cada día que pasa hay más funerales mientras nuestros científicos trabajan para conte-ner la bacteria, nos vamos quedando sin reservas de agua. Y sin tiempo.

Adi se despidió del anciano y se acercó al resto.

—Estas noticias son alarmantes. No puede ser una coincidencia.

—Jenna Zan Arbor tiene que estar detrás de esto —dijo Qui-Gon, sombrío—. Ya lo ha hecho antes, introducir virus o una bacteria en una población para llegar en el últi-mo momento y salvarla.

—Mejor vayamos cuanto antes a la finca real —dijo Adi.

Recorrieron a toda prisa las sinuosas calles hasta el palacio, que se alzaba en la colina más elevada de la ciudad Las puertas estaban abiertas para que todo el mundo pudie-ra disfrutar de los jardines. Al entrar vieron enormes cúpu-las temporales instaladas en las grandes explanadas que rodeaban el vistoso palacio rosado. Los médicos iban rápi-damente de una a otra, y, sentados en los bancos, había niños que llevaban túnicas blancas. Sus delgadas caritas pálidas estaban orientadas hacia el sol.

Adi se estremeció.

—Si Zan Arbor es responsable de esto, es un monstruo.

—¿Sería capaz de provocar deliberadamente que todos estos niños enfermaran? —preguntó Siri.

—Me temo que así es —dijo Qui-Gon.

Tup tragó saliva.

—Si hace esto a los niños, imaginaos lo que nos haría a nosotros.

Preguntaron a un médico por el paradero de Uta S'orn. y les señaló unos jardines detrás de uno de los Pabellones Clínicos. Encontraron a S'orn sentada en un banco, cuidan-do a un grupo de niños. En lugar de su acostumbrado tur-bante enjoyado, llevaba uno de lino blanco y fino. Una niña pequeña de pelo rizado estaba sentada en sus rodillas.

Uta S'orn hablaba a la niña con una sonrisa dibujada en la cara, pero la sonrisa se esfumó cuando vio a los Jedi.

—Oué sorpresa —dijo a Qui-Gon. Miró con desdén a Astri, Cholly, Weez y Tup—. ¿Son éstos sus nuevos

amigos?

La niñita se encogió tímidamente en el regazo de Uta S'orn. Oui-Gon se agachó y le sonrió amablemente. —¿Y tú cómo te llamas? —Joli K'atel —dijo ella, y añadió con aplomo—:

Estoy malita.

—Lo siento mucho. Pero seguro que te pondrás bien.

Ella asintió.

—Eso dice mi papá.

—Entonces así será —dijo Qui-Gon con seriedad.

Uta S'orn se quitó suavemente a la niña del regazo y le dio una palmadita.

—Siéntate con los otros, Joli. Tengo que hablar con esta gente. Por desgracia.

La niñita se alejó, arrastrando la cola de su túnica por el césped. El rostro de Uta S'orn se deformaba por la preocupación mientras la contemplaba.

—Soy ayudante médico voluntario —dijo ella lentamente—. Pensé que podría ayudar. No sabía que me partiría el corazón.

—¿Es la hija del Líder? —preguntó Adi.

—Sí, pero no es más importante que el resto de los niños —dijo Uta S'orn, haciendo un gesto con la mano que abarcó todos los Pabellones Clínicos—. Son nuestro futuro. tenemos que salvarles —se volvió hacia ellos—. ¿Qué queréis? Como podréis ver, estoy ocupada. ¿Qué hacéis aquí?

Es como si no pudiera librarme de los Jedi.

—Tenemos razones para creer que Jenna Zan Arbor... —comenzó Qui-Gon

Ella se levantó de inmediato, enfadada.

—Otra vez no. Ya me dijiste lo que pensabas de la que

fue mi amiga. Hace tiempo que no sé de ella, y tampoco quiero. No tiene nada que ver conmigo.

—Nosotros pensamos que sí —dijo Adi—. Creemos que está aquí, en Belasco. No sabemos por qué. Podría haber alguna conexión que estamos pasando por alto, algu-na razón por la que quisiera ponerse en contacto con usted de nuevo.

—Pues no lo ha hecho —dijo Uta S'orn, impaciente— Y yo no la recibiré si lo intenta. ¿Entendido?

—Puede que insista —dijo Qui-Gon—. Y puede hacer-lo. Ona Nobis también está aquí. Ya ha secuestrado y asesi-nado para Jenna Zan Arbor con anterioridad.

—Si estáis intentando asustarme, no va a funcionar —dijo Uta S'orn, despectiva—. No tengo tiempo para preocuparme por amenazas fantasmas. Mi planeta se muere. Ahora entiendo que había una razón para regresar.

—Sólo estamos intentando protegerte...

—No es necesario. Aquí estoy segura. Aunque no ten-gamos rey, la guardia real de androides sigue protegiendo al Líder y a todos los de palacio. Gracias por vuestra preocu-pación, pero Ona Nobis no podrá cogerme aquí. Y ahora, si me disculpáis, tengo que atender a los niños enfermos.

Uta S'orn se alejó.

—Supongo que tiene razón —dijo Siri, mirando a su alrededor, al ajetreo de los médicos y a los androides de vigilancia, que patrullaban con las carcasas pulidas de oro brillante—. Sería difícil que Ona Nobis la atrapara aquí.

Qui-Gon y Obi-Wan intercambiaron una mirada.

—Me temo, Siri, que, por nuestra experiencia —dijo Qui-Gon—, Ona Nobis puede llegar a cualquier parte.

Capítulo 13

Por qué no dijiste a Uta S'orn que sospechamos que Jenna Zan Arbor ha provocado la epidemia bacterio-lógica? —preguntó Obi-Wan a Qui-Gon mientras abandonaban el palacio real.

—Porque no tenemos pruebas, sólo sospechas —dijo Qui-Gon—. Ella no nos creería. Ni siquiera cree que Zan Arbor esté aquí.

—Sin embargo, tendrá cuidado, sólo por si acaso —dijo Adi—. A pesar de lo que ha dicho, tiene miedo de Ona Nobis. —Tenemos que conseguir pruebas —dijo Qui-Gon. —No lo entiendo —admitió Siri—. No entiendo qué razones podría tener Zan Arbor para venir a Belasco. —Sabemos que Zan Arbor asesinó al hijo de Uta S'orn. Uta S'orn lo sabe también. Pero Zan Arbor no sabe que Uta lo sabe. Así que para ella sigue siendo su vieja amiga —expli-có Adi—. Puede que Zan Arbor haya venido porque S'orn es una poderosa aliada y necesita su ayuda.

—Eso podría ser —dijo Qui-Gon, asintiendo—. Y Zan Arbor siente que sigue necesitando la protección de Ona

Nobis también. Sabe que vamos a por ella. Sí, creo que Zan Arbor se pondrá en contacto con Uta S'orn. Tenemos que convencer a S'orn de que Zan Arbor está aquí.

Volvamos a la plataforma de aterrizaje. Si podernos demostrar que Zan Arbor aterrizó en Belasco, quizás Uta S'orn nos escuche. Mientras tanto, aunque Zan Arbor utilice un alias, deberíamos ser capaces de encontrarla.

—¿En qué puedo ayudar? —preguntó Astri.

—El palacio está abierto para todo el mundo —dijo Qui-Gon—. Y esos androides de vigilancia parecen tener una función poco más que ceremonial. Es necesario que alguien se quede para proteger a Uta S'orn. Ona Nobis podría presentarse en cualquier momento.

—Eso podemos hacerlo —dijo Astri, mirando de reojo a Cholly, Weez y Tup.

—No os acerquéis a ella —le advirtió Qui-Gon—. Y recuerda: tu mejor venganza será llevar a Ona Nobis ante la justicia. Y eso lo podemos hacer por ti. Así podrás reclamar tu recompensa.

—¡Me parece un plan excelente! —a Tup se le iluminó la cara.

—A mí no me importa la recompensa —dijo Astri—. Sólo capturar a Ona Nobis.

—No te precipites tanto —dijo Cholly.

Astri, Cholly, Weez y Tup se separaron del grupo y vol-vieron hacia el palacio.

—Creo que estás depositando mucha confianza en ellos —observó Adi.

—No te creas —dijo Qui-Gon—. Cuento con que Cholly, Weez y Tup llamen la atención. Puede que Ona Nobis se mantenga alejada de Uta S'orn si se da cuenta de que está vigilada. Eso nos dará tiempo para reunir pruebas de que Zan Arbor está detrás del envenenamiento del agua

De repente, todos los sentidos de Obi-Wan se pusieron alerta. Vigilaba cada sombra al caminar. Tras su último encuentro con Ona Nobis no iba a dejar nada al azar.

Percibió un movimiento repentino cercano, y se dio cuenta de que alguien estaba siguiendo a Astri.

Hizo un gesto a Qui-Gon con la mirada y se apartó del grupo rápidamente. Se escabulló por un callejón y contempló la calle trasera. El perseguidor, fuera quien fuese, se movía rápidamente de una sombra a otra.

Empleando el lanzacables, Obi-Wan se elevó hasta el teado del edificio y corrió ligero por la azotea. Cuando llegó a la esquina se detuvo y esperó a que su objetivo le alcanzara. Luego saltó, y cayó justo delante de él.

Para su sorpresa, se encontró cara a cara con Fligh. Era el ladrón que había robado el datapad a Zan Arbor en Coruscant y que se lo había dado a Astri, poniendo sin que-rer en peligro a Astri y a Didi. Fligh llevaba un parche en el ojo y tenía una expresión aturdida.

Obi-Wan estaba tan sorprendido como Fligh. Qui-Gon, Adi y Siri se acercaron corriendo hasta ellos.

—¿Fligh? —dijo Obi-Wan—. Pensé que habías muer-to. Vi tu cadáver en Coruscant.

—No, no lo viste, padawan —dijo Qui-Gon.

—Pero si lo viste tú también —dijo Obi-Wan, confuso. —No —dijo Qui-Gon—. Vi un cuerpo que recordaba a Fll§h. Pero tenía mis dudas.

—Ah dijo Fligh. Tenía una cara triste por naturaleza, con las comisuras de los labios hacia abajo y la mirada apesadumbrada—. Nunca he sido lo bastante listo como para engañar a un Jedi,ni lo seré.

—¿Qué haces aquí ahora? —preguntó Qui-Gon. —Seguir a Astri, por supuesto —respondió Fligh—. Pensé que se lo debía a Didi. Aunque no dejo de perderla, lo hago lo mejor que puedo, que tampoco es mucho. Pero es lo que hay.

Siri se acercó a Obi-Wan.

—¿Qué pasa? —le susurró—. ¿Quién es este personaje?

—Fligh es un amigo de Didi de Coruscant —le explicó Obi-Wan rápidamente—. Robó los datapad de Jenna Zan Arbor y Uta S'orn en el edificio del Senado. Luego le ase-sinaron. O eso pensaba yo.

—A mí me parece que está muy sano —le dijo Siri.

—¡Oye, que he perdido mi ojo! —protestó Fligh

—Ya lo veo. Lo siento —dijo Siri.

—Me refiero al falso —explicó Fligh—. Era una belleza, ¿a que sí? —preguntó a Qui-Gon y a Obi-Wan—. Pero decidí que tenía que dejarlo en la escena de mi asesinato Son ese tipo de detalles los que convencen a la gente deque realmente has muerto.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó Obi-Wan con curiosidad.

—Tengo un amigo que trabaja en el tanatorio de Coruscant —explicó Fligh—. Y yo que pensaba que mi tra-bajo era desagradable.

—Tú no tienes trabajo —le señaló Obi-Wan.

—Ser ladrón es un trabajo —respondió Fligh, resoplando—. Me levanto todas las mañanas y me voy a traba-jar, como todo el mundo. Pero aquella mañana en particular me di cuenta de que alguien estaba intentando matarme. Cuando te estrangulan con un látigo, algo te sugiere que puede existir esa posibilidad. Por suerte, mi casero es muy mañoso con el electropunzón, pero pensé que tenia que desaparecer por un tiempo. Así que hablé con mi amigo el del tanatorio, y encontró a alguien que reunía mis caracte-rísticas generales. Y que estaba muerto.

—Eso lo suponemos —dijo Qui-Gon.

—Mi amigo hizo el resto. Llevamos el cadáver al calle-jón y lo dejamos allí. Junto con mi ojo, por cierto. Sabía que la policía de seguridad no se molestaría en hacer comprobaciones de identidad con mi cadáver. Tiene algunas ventajas

no tener a nadie que se preocupe por ti. Otro descarriado con un final triste. Darían por buenos los documentos y lleva-rían el cuerpo al tanatorio. Nadie derramaría una lágrima.

—Didi lo hizo —dijo Qui-Gon con dureza.

Fligh sonrió.

—¿Ah, sí? ¡Qué buen amigo es!

—¿Pero por qué iba Ona Nobis a por ti? —se preguntó Obj-Wan en voz alta—. Ya no tenías el datapad de Zan Arbor. Se lo diste a Astri.

Fligh se encogió de hombros. —Supongo que yo no era más que un cabo suelto. —Bueno, creo que eras más que eso —dijo Qui-Gon, cruzando los brazos—. Te estás dejando algo, Fligh. El cuer-po que encontraron estaba desangrado. ¿Por qué hiciste eso? —Porque así era como Ona Nobis dejaba a sus vícti-mas —respondió Fligh—. Seis de mis amigos de la calle fueron encontrados así.

—Pero eso todavía no se sabía. Nadie había realizado la conexión entre Zan Arbor y Ren S'orn, ni cualquier otra victima. Ni siquiera sabíamos que Zan Arbor tenía algo que ver con el ataqueaDidi.

—Ah, la lógica Jedi, es impresionante —dijo Fligh, nervioso—. ¿Estás seguro de eso? Qui-Gon asintió. Segurísimo. Y eso significa que tú sabías que Jenna "Arbor estaba detrás del ataque. Y sabías que estaba lle-vando a cabo experimentos que incluían el desangramiento de las víctimas.

—Bueno, sí, es interesante que digas eso —dijo Fligh—. Estoy de acuerdo. Puede que lo supiera. Puede que investigara y descubriera la conexión entre la muerte de algunos de mis amigos y el laboratorio de Zan Arbor. Quizá fuera por eso por lo que robé su datapad. Pero no entiendo

cómo hubiera ayudado a Didi saber eso, en aquel momento me sentí mal cuando le hirieron, claro. Quizá debería haberle advertido, después de todo. Quizá debería ser mejor persona en general. Pero al menos estoy vigilando a Astri mientras Didi está en las excelentes manos Jedi. Yo la protegeré si pasa algo. Por supuesto —añadió Fligh rápidamente, con una sonrisa nerviosa y apartándose un poco—, no sé ni protegerme a mí mismo, así que me alegro de ver que los Jedi están con ella. Y viendo que no soy necesario, supongo que lo mejor será que me marche...

—No tan rápido —dijo Qui-Gon, cogiendo a Fligh del codo—. Tengo más preguntas. ¿Qué pasó con el datapad de la senadora S'orn?

—¿Qué pasó con él? —preguntó Fligh.

—¿Dónde fue a parar?

Obi-Wan miró a Fligh con curiosidad. No había pensa-do en esa pregunta, pero le interesaba la respuesta. Cuando averiguaron que Jenna Zan Arbor era la que había contrata-do a Ona Nobis dejaron de mirar lo que había en el datapad de Uta S'orn, o lo que había sido de él. Parecía un detalle insignificante, pero Uta S'orn seguía estando relacionada con la misión, tanto si quería como si no. Puede que estu-vieran pasando por alto algún detalle.

—Lo tengo yo —dijo Fligh—. Aún no he podido ven-derlo —se sacó un pequeño datapad de la túnica—• ¿Lo veis?

Qui-Gon se lo quitó.

—Es lo que hay —dijo Fligh, agitando una mano—. Ni siquiera voy a pedirte créditos a cambio. ¿Ves lo generoso que puedo ser con la propiedad robada? Tendrás que borrar todos los archivos que contiene. Son sólo holotranscripcio-nes de los discursos del Senado. O déjalas, y podras usarlas como somníferos —Fligh se rió con una carcajada ruido-sa—. Quítamelo. Soy muy tonto. Y ahora, si no me necesi-

táis me marcho. Este planeta es demasiado deprimente hasta para mí. Creo que regresaré a Coruscant, el planeta de la diversión.

Fligh se alejó, despidiéndose con la mano. Qui-Gon centró su atención en el datapad. Accedió rápidamente a los archivos y buscó por ellos. Obi-Wan miraba por encima del hombro de su Maestro. Las cámaras flotantes grababan todas las sesiones del Senado. Los senadores podían descar-narse las transcripciones a sus datapad para los registros ofi-ciales. La senadora S'orn tenía grabados varios de sus pro-pios discursos.

Qui-Gon cerró el datapad y miró a Adi. —¿Qué piensas? —preguntó a la Jedi con tranquilidad. —No me gusta cómo Uta S'orn vuelve una y otra vez a escena —dijo Adi—. Vayamos a la plataforma de aterrizaje.

Capítulo 14

De camino a la plataforma, Qui-Gon llamó a Tahl y le pidió que investigara la extraña formación bac-teriana de Belasco.

Estaba a punto de colgar cuando se acordó de algo.

—Tahl, ¿podrías enviarme las transcripciones de las cámaras flotantes del Senado de...? Espera.

Qui-Gon entró en la lista de archivos y leyó las fechas y las horas.

—Claro —dijo Tahl fríamente—. Me encanta tratar con la burocracia del Senado. Es lo que más me gusta del mundo.

—Ya lo sabía yo —sonriendo, Qui-Gon cortó la comunicación.

—¿Por qué has pedido a Tahl que haga eso? —preguntó Siri.

—Es sólo un presentimiento. Quiero asegurarme de que las transcripciones del datapad de la senadora S'orn coinciden con las versiones oficiales archivadas —esplicó Qui-Gon—. He oído que hay senadores que sobornan a los operadores para alterar las transcripciones oficiales por diversas razones. Tiene que haber una razón para que la senadora S'orn guardara esas transcripciones en su datapad. Puede que averigüemos por qué.

Una vez en la plataforma de embarque, los Jedi se dirigieron hacia el oficial al mando del registro de naves extranjeras. Los transportes a Belasco se habían reducido al mínimo cuando las noticias de la escasez de agua se habían difundido por la galaxia. Al responsable del hangar no le resultó en absoluto difícil repasar las entradas de los últimos dos días.

—Ese crucero Ala-V no es normal —dijo el oficial—. No suelen verse para uso privado. Creo que puedo encon-trarlo... aquí está. Registrado a nombre de un belascano nati-vo que regresaba a casa. Cir L'ani y un pasajero.

—¿Tiene registros de ese pasajero? —preguntó Adi—. ¿Podría darnos su descripción?

—¿Creen que recuerdo todas las naves que pasan por el hangar? —preguntó el oficial, negando con la cabeza—. Sólo se registró el piloto de la nave. Eso es lo único que requerimos. Lo siento.

Dieron las gracias al oficial, y se adentraron en la bulli-ciosa plataforma.

Podrían ser ellos, pero necesitamos pruebas —di-jo Adi.

—Preguntemos a un trabajador —sugirió Qui-Gon. miró por la plataforma—. Que cada uno escoja a alguien, y a ver qué averiguamos.

El grupo se separó. Obi-Wan se quedó donde estaba. Estudió a los distintos trabajadores de la plataforma. Algunos comprobaban documentos, otros dirigían las naves, y algunos rellenaban depósitos. No sabía cómo elegir.

Pero entonces se fijó en una chica vestida de mecánico que trabajaba en la sección de combustibles. La joven esta-ba muy metida en su trabajo, pero observaba todas las naves que aterrizaban. Algo en su actitud de alerta llamó la aten-

ción a Obi-Wan. Era alguien a quien le gustaban las naves de diseño. Recordaría un crucero Ala-V.

Se acercó y la saludó.

—Si necesitas repostar tienes que pedir número controlador —le dijo ella—. Coge número y esper turno. Puedes hacernos una señal desde tu nave o ponerte allí —señaló a una cabina que había a poca distancia

—No necesito repostar —dijo Obi-Wan—. Estoy bus cando a alguien. Llegó en un crucero Ala-V. Negro y con el vientre plateado...

—Recuerdo esa nave —dijo la chica, a la que se le ilu-minó la mirada—. Era una belleza. Me encantaría poner las manos en esos controles.

—¿Recuerdas al piloto y a los pasajeros?

Ella se limpió las manos en la ropa de trabajo, pensativa.

—Recuerdo que me sorprendió. Esperaba a algún fla-mante piloto saliendo de la cabina, pero salió una humana pequeñita y un anciano enfermo. Su padre, dijo ella. Les rellené el depósito.

—¿Cómo sabes que estaba enfermo? —preguntó Obi-Wan.

—Porque se lo llevaron en una camilla. No creo que estuviera consciente. Un médico vino a recibirlos cuando llegaron. Un belascano de alta estatura.

Ésa podría haber sido Ona Nobis disfrazada.

—¿Sabes adonde se dirigían? —preguntó Obi-Wan.

La mecánica apoyaba su peso en cada pie de forma alternativa. No paraba de moverse mientras Obi-Wan le preguntaba cosas. Y parecía nerviosísima.

—No, pero es obligatorio rellenar un plan de vuelo —agitó un pie, mirando a Obi-Wan.

Obi-Wan notó cierto movimiento y miró hacia abajo. Una manita estaba enroscada alrededor del tobillo de la chica.

—Es mi hijo, Ned —dijo ella en voz baja—. Por favor, no se lo digas a nadie. Esta semana he tenido que traerlo al trabajo. Mi madre está enferma y es la que le cuida.

Obi-Wan sonrió al niño, que le miró desde abajo. Tenía un pequeño juguete agarrado con el puñito sucio.

—No se lo diré a nadie. Gracias por tu ayuda.

Se acercó rápidamente a Qui-Gon para contarle lo que había averiguado.

—Eso parece una buena pista —dijo Qui-Gon—.

Aunque estoy seguro de que el plan de vuelo será falso.

Pero Adi era más escéptica.

—Yo preferiría confirmarlo —dijo—. Hay muchos ancianos enfermos en Belasco. No sé si esto convencerá a UtaS'orn.

—No soporto pensar en Noor inconsciente —dijo Siri, preocupada.

—Lo más probable es que le haya drogado —dijo Qui-Gon.

—Si es que realmente era Noor —dijo Adi.

Obi-Wan captó la irritación de Qui-Gon. Los instintos de Adi eran de todos conocidos, pero no abandonaba su amor por los hechos. Necesitaban pruebas. De repente, Obi-Wan recordó algo que le había llamado la atención.

Un momento —dijo a los demás. Y volvió corriendo hacia la mecánica.

Ella le miró ansiosa. Perderé mi trabajo si le cuentas a mi supervisor lo de Ned…

—No te preocupes —la tranquilizó Obi-Wan. Se aga-chó y el niño—. Qué juguete más bonito. ¿Me lo dejas un momento? El niño asintió amablemente y se lo dio a Obi-Wan. Era un crucero Ala-V. Había sido fabricado de forma

inteligente a partir de hilos finos atados fuertemente alrede-dor de trozos de metal.

Obi-Wan tocó los hilos. Pertenecían a la túnica de un Jedi. Noor no estaba inconsciente, sólo lo fingía. Y les había" dejado una pista.

Capítulo 15

Ahora que sabían que Noor estaba en Belasco, tenían que descubrir por qué había viajado Jenna Zan Arbor hasta allí. Adi y Qui-Gon abrieron dos data-pad a bordo de la nave diplomática. En uno ejecutaron la transcripción del Senado, y en el otro la de Uta S'orn. Obi-Wan y Siri contemplaban ambos con atención.

—Buscad cualquier diferencia, por pequeña que sea —les aconsejó Qui-Gon—. Habrá mucho parloteo, así que prestad atención.

La holocámara había erabado una sesión del Senado en la que se trataba la normativa del sistema Mindemir. Los cenadores se levantaban y hablaban sin parar sobre compli-cadas leyes. Se interrumpían unos a otros y se dedicaban elogios e improperios. Hablaban durante minutos intermi-tes sin decir nada.

Siri miró a Obi-Wan y fingió bostezar. Adi vio el gesto.

—Todas las tareas requieren una atención completa dijo severamente a Siri. Luego se volvió hacia Qui-Gon y murmuró—: Aunque a mí también me esté costando.

—No lo entiendo —dijo Obi-Wan—. A Uta S'orn ni siquiera se la ve en la transmisión.

—Exacto —dijo Qui-Gon.

Obi-Wan estaba confuso. Volvió a centrar su atención en ambas emisiones, pero resultaba difícil saber qué estaba buscando.

Por último, se hizo circular una lista de las normativas entre los senadores. La holocámara flotó sobre la sala mien-tras todos se levantaban para votar en las urnas. Las regula-ciones se aprobaron por mayoría. Entonces, la pantalla se quedó en negro.

—¿Lo vemos otra vez? —preguntó Adi.

—¿Es necesario? —murmuró Siri.

—Esperad —dijo Qui-Gon. Rebobinó hasta el momen-to en que se llamaba al voto—. Creo que ya veo la diferen-cia. Aquí —señaló la pantalla de la izquierda, la de la trans-misión oficial del Senado.

—Mirad al delegado de Hino-111 —dijo. Activó el *zoom* sobre la emisión para poder verlo más de cerca—. No está pulsando el botón de "sí". Está votando en contra de la medida. Pero en el audio está votando a favor —Qui-Gon activó el *zoom* en el otro datapad—. Y aquí ha registrado un voto en contra. Esta es la versión de Uta S'orn.

Adi se acercó.

—¿Ella alteró el registro oficial del Senado?

—Estoy seguro de que si estudiamos esto a fondo encontraremos más votos cambiados. La grabadora del Senado emplea la transcripción oficial para registra)r los votos. Estas regulaciones no fueron aprobadas. Los senadores dores votan miles de regulaciones. Mindemir es un sistema pequeño. Es un movimiento arriesgado, pero esta trans-cripción es de hace ocho meses. Es obvio que la jugada le salió bien.

—¿Por qué iba a jugársela por una regulación de Mindemir? —preguntó Obi-Wan.

—Estoy seguro de que a ella le da igual. Seguro que le

pagaron por hacerlo —dijo Qui-Gon—. Le pagaron con cré-ditos o con influencias. La pregunta es, ¿quién le pagó? —¿Jenna Zan Arbor? —sugirió Siri. —Eso es lo que necesitamos saber —Qui-Gon ya esta-ba cogiendo su intercomunicador—. Éste es un trabajo para

Tahl —se alejó unos pasos para hablar tranquilamente.

—¿Y por qué guardaría ella la transcripción real? —pre-guntó Siri —. Eso podría incriminarla.

—Por chantaje —dijo Adi—. Siempre podría amenazar con delatar a la persona que realizó el cambio. Podría enviarlo de forma anónima al Senado. Quizás haya borrado sus huellas tan bien que no puedan conectarla con nada.

Qui-Gon volvió, diciendo que Tahl les llamaría en cuanto supiera algo. Revisaron las otras transcripciones. Ahora que sabían lo que buscaban, era más sencillo. En todos los casos había alteraciones de votos. Cuando terminaron, Tahl llamó a Qui-Gon. —Tenías razón —dijo ella—. Jenna Zan Arbor llevó a cabo una serie de experimentos a pequeña escala en el agua de Mindemir. Al parecer necesitaba un sistema pla-netario grande para demostrar su teoría. Poner en peligro todo un sistema, obviamente, estaba en contra de las regu-laciones del Senado. Pero la senadora S'orn introdujo una nueva normativa que lo permitía en caso de que el orga-mismo legislador del planeta accediera al experimento. La medida se aprobó en el Senado Galáctico, y, pocas sema-nas después, el gobierno de Mindemir votó a favor del experimento.

—Es fácil sobornar a un político de un planeta pequeño para que se apruebe una ley —dijo Adi, sombría—. Pero necesitaba a alguien poderoso en el Senado Galáctico. —Así que ya tenemos la conexión entre Jenna Zan Arbor *y* Uta S'orn —dijo Qui-Gon lentamente—. Zan Arbor

dijo que S'orn le había ayudado mucho. No pensé que se refiriera a que S'orn había actuado de forma ilegal.

—Es difícil de creer —dijo Adi—. Tiene fama de per sona íntegra.

—Hace ocho meses, Ren S'orn seguía con vida —dijo Obi-Wan—. Y Jenna Zan Arbor ya había comenzado sus experimentos con la Fuerza. ¿Y si la senadora S'orn lo sabía? ¿Y si Jenna Zan Arbor la estaba chantajeando a ella?

—Así que S'orn supo que Zan Arbor tenía cautivo a su hijo, e hizo lo que Zan Arbor le pidió —Qui-Gon frunció el ceño pensativo—. Es posible.

—Y otra razón más para ayudar a Uta S'orn —dijo Adi—. Tanto si ella quiere como si no.

Capítulo 1

Ante la evidencia, Uta S'orn se derrumbó. —Sí —dijo—. Alteré la grabación. Se sentó en un banco, con las manos colgando entre las rodillas. El palacio estaba tranquilo, y casi todos los pacientes habían vuelto a los Pabellones Clínicos.

—Tuve que hacerlo —dijo Uta S'orn—. Ella tenía a mi hijo.

—Así que alteró las grabaciones del Senado para sal-varle —le dijo Adi lentamente. S'orn asintió. Y entonces ella le liberó. Pero algo no salió bien. Le encontraron muerto. Ella me contó que él había intentado entrar a la fuerza en el laboratorio, y que Ona Nobis le había matado. No sé si creerla, pero ¿qué puedo hacer? Quebranté las leyes del Senado. Mi hijo ha muerto. Lo único que puedo hacer es dedicarme por completo al pueblo de Belasco de la única forma que sé. No creo que Jenna se ponga en contac-to conmigo. Ha debido de venir por otros motivos. Estoy segura de que me dejará en paz, después de todo lo que me ha hecho.

Normalmente, Uta S'orn era una persona de carácter brusco e impaciente. Y ahora Obi-Wan se daba cuenta de lo

dolida que estaba. Le temblaba la voz, y tenía los ojos llenos de lágrimas.

Un hombre alto y ricamente ataviado se acercó, segui-do de la guardia de androides reales. Aunque tenía el pelo canoso, su rostro era el de un joven.

—¿Uta, estás bien? ¿Quieres que haga expulsar a esta gente ?

Ella se secó rápidamente las lágrimas.

—No. Éste es nuestro Líder, Min K'atel —dijo a los demás.

Qui-Gon y Adi hicieron una reverencia.

—Somos los Caballeros Jedi Qui-Gon Jinn y Adi Gallia, y éstos son nuestros padawan, Obi-Wan Kenobi y Siri.

El Líder saludó con una breve inclinación de cabeza.

—Me da igual que seáis Jedi, no debéis molestar a Uta S'orn.

—Hablan de cosas que me gustaría olvidar —dijo Uta S'orn—. No tienen la culpa, pero...

—No estás bien y eso me basta —dijo Min K'atel. Se volvió hacia los Jedi—. Debo pedirles que abandonen el palacio. Están molestando a la mejor senadora de Belasco.

—Ya nos íbamos —dijo Qui-Gon amablemente.

El Jedi saludó y salió del jardín. Mientras avanzaban por el césped, Obi-Wan habló.

—Nunca había visto tan afectada a Uta S'orn.

—Sí, eso parecía —dijo Qui-Gon—. Pero, si te das cuenta, manipuló al Líder para que nos echara.

—Ella miente —dijo Adi.

Qui-Gon clavó la mirada en Adi.

—¿Estás segura?

Adi asintió.

—No sé por qué. Hay algo falso en sus palabras —ami-

noró el paso y se detuvo—. Sé que él está aquí. Por aquí cerca.

—¿Noor está en el palacio? —preguntó Qui-Gon—.

Volvamos con Min K'atel y solicitemos una búsqueda.

Adi negó con la cabeza.

—Es sólo un presentimiento.

—¡Eso es todo lo que tenemos! ¿De qué sirven los íns-tintos, Adi, si no nos fiamos de ellos?

Adi le miró fijamente.

—Yo confío en ellos. Pero no quiero que controlen a

los demás. No podemos involucrar a un gobierno en una investigación sin pruebas. Y eso lo sabes tan bien como yo.

Qui-Gon intentó calmar su impaciencia. Tenía la mente cansada y el cuerpo exhausto. No tenía la conexión con la Fuerza que tenía Adi. Sus nervios destrozados le pedían que pusiera fin a aquello.

Adi le había hablado de cooperación y lealtad. Él iba a tener que acceder a los deseos de ella. La Jedi tenía tanto derecho a elegir como él.

—¿Entonces, qué hacemos? —le preguntó Qui-Gon—. ¿Qué sugieres?

Sigamos nuestras sospechas hasta el siguiente paso lógico —dijo Adi—. Tenemos que obtener permiso para registrar el palacio. Es poco probable que Min K'atel nos lo conceda tal y como están las cosas. Tendremos que convencerle. Nos queda un sitio al que ir.

Qui-Gon asintió.

—La central depuradora de agua. Pero jamás nos darán permiso para entrar.

—Entonces tendremos que entrar por nuestra cuenta —dijo Adi firmemente—. Sí, hay veces que me dejo llevar por mis instintos, Qui-Gon. Y la respuesta está allí.

Capítulo 17

La planta estaba cerrada y muy vigilada. Era obvio que habían reforzado la seguridad debido a la epidemia. Los Jedi aterrizaron en una zona boscosa cerca del perímetro vallado. Qui-Gon inspeccionó el área con los macrobinoculares.

—No tenemos ninguna posibilidad de romper la seguridad —dijo—. Todos los que entran pasan por un escáner de retina. Hay androides de vigilancia en cada entrada. Incluso si nos ocupamos de todos ellos, tendríamos que abrir las puertas con los sables láser. Y seguro que eso dis-pararía una alarma de seguridad a gran escala.

—Queremos entrar sin ser vistos —dijo Adi.

—Por no mencionar que no queremos perder vidas —añadió Qui-Gon. Contempló la central, pensativo. De re-pente, encontró una manera —. Claro —dijo—. No podemos entrar andando, pero podemos entrar nadando.

***

El Gran Mar se estrechaba en un caudaloso rio que bajaba desde la central. El agua se arremolinaba espumosa y formaba pequeñas cascadas en el centro del río.

—La corriente es muy fuerte —Adi miró a Qui-Gon y vio la preocupación en su rostro—. Quizá será mejor que

sólo entre un equipo.

—Tendremos más posibilidades si vamos todos —Qui-Gon sacó su tubo respiratorio y fue el primero en sumergir-se en el agua helada.

—Cuando lleguemos a las tuberías de entrada es pro-bable que haya un filtro cubriendo la abertura —dijo Qui-Gon —. No podemos utilizar los sables láser, así que em-plearemos vibrocuchillas. No os alejéis de nosotros, pada-wan. Y no temáis pedir ayuda si os cansáis.

¿Y tú, Qui-Gon? ¿Pedirás ayuda si la necesitas?

La mirada oscura de Adi le interrogaba en silencio. Él la ignoró.

Los Jedi se sumergieron bajo el agua. Qui-Gon sintió la corriente tirando de él. Le arrastraba en la dirección ade-cuada, pero tenía que tener cuidado y alejarse de los remo-linos. Y eso requería todas sus fuerzas.

La corriente les llevó hacia las tuberías. Cuando se acercaron, se sintieron todavía más absorbidos. Y ahora el peligro consistía en evitar golpearse contra los filtros.

Al acercarse a las tuberías, Adi les indicó que lucharan contra la corriente. Agitando los brazos para aminorar el ritmo consiguieron llegar suavemente hasta el filtro princi-pal. Qui-Gon ya había sacado su vibrocuchilla. Adi y él se pusieron manos a la obra mientras sus padawan se agarra-ban a la rejilla.

Rápidamente hicieron un agujero en los filtros e indicaron a sus padawan que entraran primero. En cuanto entraron en la tubería fueron absorbidos por la dinámica del agua, y chocaron contra las paredes, girando y rebotando, hasta que Qui-Gon perdió el sentido de la orientación. La herida que tenía en el hombro se le resintió con el movimiento

giratorio. Cuando llegó a un depósito gigante, estaba abrumado por el mareo.

Sintió que Obi-Wan le tocaba el hombro. Su padawan se había dado cuenta de su malestar. Mientras luchaba por aplacar las náuseas, Qui-Gon hizo un gesto a Obi-Wan para indicarle que estaba bien.

Nadaron rápidamente hacia la otra orilla del depósito y se alzaron por encima del bordillo. Estaban en un enorme viaducto de piedra. Había cajas con equipamiento rodeando el depósito. Más adelante, el agua era procesada, pero aquí sólo había máquinas tomando al azar muestras de calidad.

Adi señaló una consola que había allí cerca. Mientras Adi, Obi-Wan y Siri se quedaban vigilando, Qui-Gon pulsó botones y palancas hasta que se abrió una enorme puerta que daba a una unidad de almacenamiento llena de tubos con muestras de agua, etiquetados con las fechas.

—No podremos salir por el mismo sitio —dijo Qui-Gon a Adi mientras se metía las muestras en la túnica—. Tendremos que buscar uniformes y hacernos pasar por tra-bajadores.

Ella asintió.

—Tiene que haber un armario con equipos.

De repente, una luz roja del panel comenzó a titilar. Unos segundos después escucharon a unos androides acer-candóse.

—Creo que es hora de irnos —dijo Qui-Gon, empuñando su sable láser—. Démonos prisa con esto, antes de que lleguen los guardias belascanos.

Los androides doblaron la esquina con las pistolas láser en alto. El grupo de Jedi cargó como uno solo, sin dejar de mover los sables láser. Qui-Gon derribó a dos androides de una estocada. Adi saltó por encima del grupo y lo atacó desde atrás. Siri se arrodilló y saltó con tanto impulso que

abatió a un androide y sajó a otros dos. Obi-Wan fue a por los androides que quedaban a la izquierda de Qui-Gon, cor-tando la cabeza a uno y enterrando su sable láser en el panel de control del otro.

En unos segundos habían acabado.

—Los guardias belascanos llegarán en un abrir y cerrar de ojos —dijo Qui-Gon, respirando pesadamente—. Olvidaos de salir discretamente. Sólo vámonos.

Adi y él cortaron con los sables láser un agujero en la puerta de duracero. Una sirena se activó. Los Jedi saltaron por el agujero de la puerta con el sonido rechinándoles en los oídos, y corrieron hacia la elevada valla.

Qui-Gon invocó a la Fuerza. La necesitaba desespera-damente si quería saltar por encima de aquella verja. Escuchó disparos láser cerca de su oreja. Obi-Wan y Siri pasaron por encima de la verja con un margen de varios cen-tímetros. Qui-Gan se dio cuenta de que Adi había aminora-do la marcha para asegurarse de que él podía saltar.

Con un poderoso esfuerzo, Qui-Gon obligó a sus can-sados músculos a cooperar. Su percepción de la Fuerza sur-gió y le ayudó a saltar. Aun así, se dio contra la parte alta de la verja y tuvo que ayudarse a subir a pulso. Por el rabillo del ojo. vio a Adi saltando sin problemas.

Qui-Gon aterrizó pesadamente y perdió el equilibrio. Corrió hacia el bosque. Ignoró el fuego láser a sus espaldas,

contando con que Adi desviara de forma experta cualquier disparo que se acercara demasiado.

Alcanzó la seguridad de los árboles y miró hacia atrás. —No nos siguen. No es necesario. Ya saben quiénes somos

Adi se metió el sable láser en el cinturón.

—No falta nada para que Min K'atel nos expulse del planeta. Creo que nos hemos pasado con la bienvenida.

Capítulo 18

Qui-Gon se apoyó con los ojos cerrados en el tronco de un árbol, mientras Adi metía las muestras de agua en un analizador y enviaba los datos a Tahl.

Obi-Wan se le acercó y se sentó a su lado. Sabía que Qui-Gon no quería que dijera nada, pero estaba preocupado.

—No has recuperado tu fuerza, Maestro —dijo lenta-mente—. ¿Estás seguro de que...? —se detuvo. Qui-Gon había abierto un ojo. Eso bastó para interrumpirle.

—Winna Di Uni me dijo que llevaría tiempo —dijo Qui-Gon—. Y así está siendo —cerró los ojos—. No te preocupes, padawan. Todo esto terminará pronto. Y entonces descansaré.

Obi-Wan asintió, aunque Qui-Gon no le estaba mirando. Había visto antes a su Maestro cansado y dolorido, pero nunca tan desfallecido. Era una sensación extraña. Si Qui-Gon podía debilitarse, todos los Jedi eran vulnerables.

El intercomunicador de Adi sonó y ésta activó la función holográfica. Apareció Tahl.

—La bacteria ha sido creada genéticamente —dijo sin preliminares—. De forma muy inteligente. Las medidas tomadas para eliminarla fueron las que la propagaron.

Qui-Gon se enderezó, alerta.

—¿Puedes indicar a los científicos locales cómo controlarla?

—Ya lo saben —dijo Tahl—. Una empresa de investigación de Belasco anunció el descubrimiento hace unas horas. Ahora ya saben cómo neutralizar la bacteria. También han encontrado un tratamiento para los enfermos. Van a hacer una fortuna.

—Una fortuna —repitió Obi-Wan en voz baja—. Y a Ona Nobis le prometieron una buena cantidad si regresaba.

Adi se acercó a la imagen de Tahl.

—¿Puedes investigar esa empresa para saber si tiene que ver con...?

—¿Las Industrias Zan Arbor? Ya lo he hecho —dijo Tahl.

Siri se dio una palmada en la pierna.

—Ya es nuestra.

—Ahora tenemos que encontrarla —dijo Adi.

—Estaré pendiente de vuestra llamada —dijo Tahl, y su imagen se desvaneció.

Qui-Gon se levantó.

—Volvamos al palacio. Estoy seguro de que la res-puesta está ahí.

El sol se ponía mientras los Jedi se apresuraban por entre las callejuelas hacia las puertas de palacio. Gran cantidad de belascanos se dirigían también al lugar. Se dieron cuenta de que se había corrido la voz del descubrimiento. La gente se reunía para festejarlo. Eso los cubriría.

Y también a Ona Nobis.

Se movieron entre la muchedumbre hacia los jardines de palacio, buscando a Astri. —No la veo por ninguna parte —dijo Qui-Gon—. Se supone que debía estar vigilando a Uta S'orn.

—Allí está —dijo Obi-Wan, señalando con el dedo—. Lleva un uniforme médico.

Vestida de blanco, Astri paseaba a un niño en silla de ruedas por el jardín. Se agachó para ponerle una manta sobre el regazo.

—Es una buena tapadera —dijo Qui-Gon—. ¿Pero qué pasa con Cholly, Weez y Tup?

Tup salió de una de las tiendas a la cabeza de un grun de niños, jugando con tres brillantes pelotas de láser. Weez le seguía.

—Al menos están lejos del peligro —dijo Qui-Gon

Astri les vio y se acercó con el rostro iluminado.

—¿Habéis oído las noticias? ¡Han encontrado la vacuna!

—Ya lo hemos oído —dijo Adi—. Pero seguimos teniendo un problema.

—He estado siguiendo a Uta S'orn —dijo Astri—. Y no he visto nada sospechoso. Está todo el rato al aire libre. Completamente dedicada a los niños. Hace de todo, hasta ayudar con el servicio de comidas.

Qui-Gon se puso tenso.

—¿Puedes entrar en las cocinas de palacio? —preguntó a Astri.

Astri asintió.

—Se necesita más gente para las comidas. Todo el que quiere puede entrar y ayudar.

—¿Crees que podríamos controlar las comidas que salen de la cocina? ¿Puedes contar las bandejas?

—Sí —dijo Astri—. Cholly ha estado ayudando a prepararlas.

—¿Cómo se envían las comidas? —preguntó Adi.

—Sobre todo, por los túneles —dijo Astri—. Se construyeron hace un siglo, durante una guerra con un planeta cercano. Es la forma más rápida de llegar de las cocinas a la zona de los pabellones. Construyeron las cúpulas sobre las antiguas entradas de los jardines por esa misma razón

—¿Y cuándo es la siguiente comida? —preguntó Qui-Gon. Astri miró su reloj. —Cholly debe de estar preparando las bandejas ahora mismo.

—Bien —dijo Qui-Gon—. Obi-Wan y Siri, id con Astri a las cocinas. Comparad el número de bandejas de comida con el número de niños enfermos. Si hay más bandejas que niños, seguid a Uta S'orn. Aseguraos de que no os vea. Fijaos adonde envía las bandejas. Si Ona Nobis y Zan Arbor están en palacio, tendrán que comer.

Qui-Gon miró fijamente a Obi-Wan y a Siri.

—Si veis o percibís a Ona Nobis, no os enfrentéis a ella. Venid con Adi y conmigo.

Obi-Wan y Siri asintieron y siguieron a Astri a las coci-nas de palacio. Era una sala enorme llena de despensas de comida y almacenes. Obi-Wan y Siri esperaron en el pasillo, en penumbra, mientras Astri entraba.

Cholly estaba muy ocupado poniendo platos con un guisado, pan y una tartaleta de fruta en cada bandeja. Los otros trabajadores iban de un lado a otro, poniendo el guisa-do en platos y empujando las bandejas en línea para cargar-las en los carros.

Rápidamente, Astri pasó la mirada por las bandejas Para contarlas. Salió al pasillo.

—Hay sesenta y cuatro bandejas —dijo—. Dos de más. Qui-Gon tenía razón. Ahora tendremos que esperar a Uta S'orn.

Unos momentos después, el resto de los trabajadores comenzaron a entrar en la cocina. Cada uno cogió un carrito y metió las bandejas en el calientaplatos. Uta S'orn llegó y llenó rápidamente su carrito.

—Yo me ocuparé del Pabellón Cinco, como siempre —dijo.

Empujó el carrito por el pasillo y se dirigió hacia el túnel. Obi-Wan y Siri se apretaron contra la pared. Siguieron a Uta S'orn, en silencio y lo más cerca que po-dían, a través del enrevesado laberinto.

Uta S'orn dejó primero las comidas en el Pabellón Cinco. La vieron ascender por la rampa. Cuando regresó seguía teniendo dos bandejas en el carrito. Giró de repente y se encaminó directamente hacia ellos.

Obi-Wan y Siri retrocedieron hasta un túnel secundario Se aplastaron contra una pared e intentaron no respirar. Si Uta S'orn elegía ese camino, les descubriría.

Tuvieron suerte. Ella se metió por el túnel de enfrente. Pasado un momento, la siguieron con cautela. El túnel se estrechó y dobló bruscamente hacia la izquierda. Obi-Wan se fijó cuidadosamente en el camino que estaban recorrien-do. Sabía que se habían alejado del ala principal del palacio y de los guardias, y que se dirigían hacia los aposentos pri-vados de Uta S'orn.

De repente oyeron que el carrito se detenía. Obi-Wan avanzó a gatas. Miró por la esquina y vio a Uta S'orn poniendo las bandejas en el suelo. Luego se giró hacia el.

El Jedi retrocedió e indicó a Siri que se pusiera en mar-cha. Los dos corrieron en silencio por el túnel, oyendo a S'orn tras ellos. Ella no podía ir rápido porque empujaba el carrito vacío. Llegaron al túnel principal, y Obi-Wan giró a la izquierda, suponiendo que ella regresaría a las cocinas de palacio. Tras unos instante apareció Uta S'orn, que tomó la ruta que Obi-Wan había supuesto. Obi-Wan y Siri regresaron por donde habían entrado, y esperaron en la curva del túnel.

—¿Y si Ona Nobis viene por detrás? —susurró Siri.

—Corremos —le respondió sigilosamente Obi-Wan.

Para sorpresa de Obi-Wan, se abrió una pequeña rejilla

en el techo, sobre las bandejas de comida. Ona Nobis se des-lizó por ella con su sistema óseo sorrusiano comprimiéndose para permitirle pasar por el limitado espacio.

Siri se llevó la mano al sable láser y comenzó a desen-vainarlo. Con un movimiento fugaz, Obi-Wan le puso la mano en la muñeca para detenerla. Ella le miró, pero él no le soltó el brazo.

Ona Nobis cogió la tartaleta de una de las bandejas y se la metió en la boca. Rápidamente se tragó la segunda tarta-leta y se limpió los dedos delicadamente en la túnica.

—Qué ladrona —susurró Siri a Obi-Wan.

Ona Nobis subió las bandejas a la rejilla del techo. Después se alzó ella misma y desapareció.

—Tendríamos que haber atacado —susurró Siri violen-tamente cuando perdieron de vista a Nobis.

—Siri, Qui-Gon nos dijo que no lo hiciéramos —le dijo Obi-Wan enfadado.

—¡Pero estábamos tan cerca! Y no tenía el látigo —replicó Siri. Sus ojos azules le retaron en la oscuridad del túnel, y alzó la barbilla hacia Obi-Wan—. ¿O es que te daba miedo volver a enfrentarte a ella?

Capítulo 19

Adi y Qui-Gon escucharon el relato de Siri y Obi-Wan. Adi asintió satisfecha. —Están aquí. Eso significa que Noor también —Adi miró a Qui-Gon—. Tenemos suficiente como para hablar con el Líder. Hemos de correr el riesgo.

—Estoy de acuerdo —dijo Qui-Gon—. Si tenemos suerte, podremos evitar una batalla. Tanto si Uta S'orn está escondiendo voluntariamente a Zan Arbor como si lo está haciendo por la fuerza, él tiene que saberlo.

A su alrededor habían comenzado los preparativos para la celebración. El Líder había decidido dar una gran fiesta para la ciudad de Senta. Cada vez había más gente en el palacio. En los jardines relucían velas. Los músicos se colo-caban cerca del jardín de flores. Había sirvientes, funciona-rios y gente del pueblo por todo el césped, que seguía gante por el rocío de la tarde.

Min K'atel, radiante, estaba sentado junto a su mujer Su hija estaba entre ellos, envuelta en una mantita. Uta S'orn se hallaba a su derecha. Cuando los Jedi se acercaron la amplia sonrisa de Min K'atel se desvaneció, y les clavó una fría mirada.

—He recibido informes de que un grupo de saboteado-

res e infiltró en la central depuradora, sin duda para introducir más bacterias letales —dijo él—. Mi responsable de seguridad me ha dicho que esos intrusos eran Jedi. O no sois daderos Jedí, o todo lo que creía saber sobre vuestra Orden es falso. ¿Cuál de las dos cosas es?

El Líder hizo un gesto, y los relucientes androides vigi-lantes aparecieron, flanqueando al grupo de Jedi.

—No somos saboteadores ni imitadores —dijo Adi con su fuerte e imperativo tono de voz—. Somos Caballeros Jedi. Hemos venido a por uno de los nuestros, y a investigar sus problemas.

—No necesitamos vuestra ayuda —dijo Min K'atel, cortante.

—Pero necesitas saber lo que hemos descubierto —dijo Qui-Gon —. La bacteria que introdujeron en el agua fue creada deliberadamente.

—Sois forasteros —replicó Min K'atel duramente—. No sabéis que esta bacteria aparece cada siete años en Belasco.

—Sí lo sabemos —dijo Qui-Gon—. Y también lo sabe la persona que creó la bacteria para que se reprodujera. Ella sabía que no sospecharíais de que la habían introducido arti-ficialmente en el sistema porque era algo que ya habíais visto antes. Pero esta bacteria es distinta. Fue creada para responder ante los intentos de eliminarla.

Min K'atel les miraba fijamente.

—¿Quién haría algo así y por qué?

—Alguien que sacara beneficio de la eliminación —res-pondió Adi—. Una brillante científica llamada Jenna Zan

Arbor. Está detrás del grupo de científicos que encontró el remedio, y hará una fortuna, lo suficiente como para poder escapar a la justicia y vivir como una fugitiva, —Ella no es belascana —dijo Min K'atel—. ¿Cómo podría haber hecho algo así sin ayuda?

—Contaba con la ayuda de un eminente personaje de Belasco que tenía acceso a las zonas de alta seguridad —respondió Adi. Fijó la mirada en Uta S'orn.

S'orn no se sonrojó ni negó nada. Alzó una ceja y miró con desprecio a los Jedi.

Min K'atel miró a S'orn.

—Esto es ridículo —dijo él—. Intentáis cubriros acu-sando a una de las mejores ciudadanas de Belasco. Voy a ponerme en contacto con el Consejo Jedi. ¡No permitiré que esta acusación siga en pie!

—Uta S'orn está ocultando a Jenna Zan Arbor y al Maestro Jedi que ésta, a su vez, tiene prisionero —afirmó Qui-Gon—. Si da la orden de registro de sus aposentos, les encontrará.

—¡No daré esa orden!

Adi y Qui-Gon activaron los sables láser de inmediato. Obi-Wan y Siri hicieron lo mismo.

—Me temo que tenemos que insistir —dijo Qui-Gon—. Hay un Jedi cautivo en su palacio, y eso le hace responsable. Si hemos de librar una batalla para liberarle, ha de saber que lo haremos.

Min K'atel le miró indeciso.

—Aquí no hay más Jedi. Sólo hay pabellones repletos de niños y ancianos enfermos.

—Yo he visto a un anciano enfermo —intervino la hija de Min K'atel, Joli. Agitó la muñeca que tenía en el regazo, moviéndole brazos y piernas—. Me hizo esto.

—¿Y cómo te lo dio? —le preguntó Adi amablemente.

—Lo tiró en los matorrales —dijo Joli—. Tiró otras muñecas para los niños. La mía es la mejor —sonrió a su muñeca—. Es la más bonita.

—¡La mía es la más bonita! —dijo una niña pequeña que se acercó corriendo, agitando una muñeca.

—¡No, la mía! —un niño agitó la suya en el aire.

Qui-Gon avanzó unos pasos. Cogió suavemente la muñeca de las manos de Joli y la puso junto a su túnica. El color y la textura de los hilos coincidían exactamente.

—¿Sigue afirmando que no hay un Jedi en su propie-dad? —preguntó a Min K'atel.

La mirada de Min K'atel recorrió la fachada hasta la ventana en la que su hija había visto al anciano que fabricaba los juguetes. Eran los aposentos de Uta S'orn.

—Registrad su habitación —dijo al capitán de la guardia.

Uta S'orn se encogió de hombros cuando los miembros de la guardia real se alejaban.

—No encontrarán nada.

—En ese caso, te ofreceré mis más sinceras disculpas —dijo Min K'atel. Se volvió hacia los androides de la guardia—. Rodead a la senadora S'orn.

Los androides se pusieron en formación. Pero en lugar de volverse hacia Uta S'orn, se volvieron hacia los Jedi.

Capítulo 20

Han sido reprogramados —dijo Qui-Gon rápidamente. Las palabras apenas habían salido de su boca cuan-do comenzó el fuego. Los disparos láser resonaban alrededor de los Jedi.

Los únicos que se dieron cuenta fueron los belascanos que tenían al lado. Los festejantes que había en los jardines pensaron que las luces formaban parte de la fiesta. Aplaudieron cuando los Jedi comenzaron a girar, blandien-do rápidamente sus sables láser. Los músicos tocaban cerca, y la gente se concentró en la música.

Obi-Wan pensó en la cantidad de niños que les rodea-ban. Su principal objetivo era contener la batalla para que los niños no fueran heridos por los disparos láser. Sabia que los demás pensaban como él.

Los androides mantuvieron la formación, atacando y reagrupándose. Uta S'om se escabulló de su asiento honor y desapareció entre la muchedumbre.

Los Jedi no necesitaban hablar para saber la estragia

Por un lado, tenían que proteger a los belascanos del jardín y, por otro, tenían que llegar a los aposentos de Uta S'orn.

Formaron un círculo cerrado para rechazarlos disparos láser y atacar a los androides reales. Mientras peleaban, avanzaban

firmemente, abriéndose para romper la estricta formación de los guardias.

—Cubridme —exclamó Qui-Gon.

Adi, Siri y Obi-Wan acometieron el ataque. Se movían . roda velocidad, al unísono, cubriéndose unos a otros y atacando con furia a los androides.

Obi-Wan percibió a Adi y a Siri por medio de la Fuerza para poder captar el ritmo de su estrategia de combate. Adi confiaba en el rápido juego de pies y en los saltos gimnásticos de Siri, que dependía de la impresionante capacidad de lucha con sable de Adi. Hacían una pareja formidable.

Pero a medida que el suelo se llenaba de androides derribados, llegaban más en una corriente que parecía interminable. Salían de la estancia de la guardia en palacio, con las pistolas láser apuntando hacia los Jedi.

Luchar con androides de batalla tenía sus propias dificultades.

Su punto fuerte era también su debilidad: no pensaban. Respondían a estímulos. Para ellos, los seres vivos eran objetivos a destruir. Su complicado cableado podía quedar fuera de juego con un buen golpe, pero su precisión era impecable.

Mientras peleaba, Obi-Wan tenía presente en todo momento que Qui-Gon había entrado solo en el palacio. Y se encontraría con Ona Nobis. Recordó alarmado que su maestro no había sido capaz de trepar la valla. Necesitaba refuerzos.

¿Sabía que Adi estaba pensando lo mismo. Sin mediar palabra, aceleraron su avance con una furibunda serie de estocadas. Se abrieron camino hasta la entrada de palacio.

Obi-Wan lanzó un revés, barriendo con su sable láser, saltando y girando en el aire para aterrizar entre los androides atacó desde atrás, abatiendo a cuatro con dos gol-

pes. Mientras tanto, Adi y Siri entraron en el palacio. Obi-Wan saltó de nuevo, y esta vez aterrizó en el umbral de la entrada. Corrió hacia el interior, dando una patada trasera para empujar a un androide.

El palacio estaba oscuro en comparación con la iluminación del festival. Obi-Wan percibía el movimiento, pero apenas podía verlo. Adi y Siri subían unas imponentes esca-leras.

—Por aquí —le gritó Adi mientras corrían.

Obi-Wan se dirigió hacia allí. De repente, un disparo láser rebotó muy cerca. Lascas de piedra saltaron por los aires en el lugar en el que él acababa de posar el pie. Se giró para atacar, pero perdió ligeramente el equilibrio. Sabía que el siguiente movimiento sería torpe.

Vio algo borroso cerca de su hombro. Siri había saltado desde el piso de arriba. Giró en el aire, blandiendo su sable láser. Cuando aterrizó, decapitó a uno de los androides de la guardia real.

—Gracias —dijo Obi-Wan.

—Cuando quieras.

Obi-Wan subió corriendo por la escalera, con Sin detrás. Invocó a la Fuerza para que le dirigiera, siguiendo la estela que Adi había dejado en el aire. Corrió por largos pasillos, y escuchó unos gritos más adelante.

Entró en una sala de techos altos. Jenna Zan Arbor estaba en el medio, con las manos frente a ella. Noor se encontraba inmovilizado, con esposas eléctricas en tobillos y muñecas.

—Tengo la fórmula para erradicar la bacteria —dijo Jenna Zan Arbor, alzando un datapad del tamaño de una mano—. Hay un pasaje crucial que falta en la versión que tienen los científicos. Sólo yo puedo salvar este planeta. Si me matáis, muchos morirán.

Qui-Gon empuñaba su sable láser orientado hacia un lado. Adi estaba junto a él. Obi-Wan se detuvo a poca distancia. Esperó a que los dos Maestros decidieran una estrategia.

—No queremos matarte —dijo Qui-Gon.

—La captura es la muerte para mí —dijo Jenna Zan

Arbor—. O libre o nada.

Adi y Qui-Gon ni siquiera se miraron. Pero Obi-Wan se dio cuenta de que se estaban comunicando. Noor tenía los ojos cerrados, pero Obi-Wan sintió la Fuerza fluyendo tam-bién a través de él. Y, esta vez, Jenna Zan Arbor no tenía ins-trumentos para medirla.

Percibió a Qui-Gon haciendo acopio de sus fuerzas. Obi-Wan sintió su poder.

Se sintió eufórico. Qui-Gon había vuelto.

El datapad voló desde la mano de Jenna Zan Arbor a la de Qui-Gon, que abrió de repente la palma. Al mismo tiem-po saltó hacia delante, blandiendo su sable láser. Jenna Zan Altor se estremeció, pero él se limitó a golpear en un clavo que había tras ella. Un enorme tapiz cayó de la pared justo sobre Jenna Zan Arbor. Al mismo tiempo, Adi se lanzó para liberar a Noor.

Qui-Gon se metió tranquilamente el datapad en el cinturón, y se agachó para capturar a Jenna Zan Arbor mientras esta emergía de debajo del tapiz, tosiendo por el polvo.

—Después de todos tus experimentos con la Fuerza, no has conseguido entender su poder —dijo Qui-Gon.

Ella le miró con rabia. Debí matarte mientras pude.

—Ese —dijo Qui-Gon— fue tu otro error.

Obi-Wan buscó a Siri. Tendría que haberla encontrado a sus espaldas. Pero no estaba. Se sintió alarmado. Siri siempre estaba en el lugar de la batalla.

¿Y dónde estaba Ona Nobis?

Obi-Wan dio media vuelta y corrió por el largo pasi-llo. Invocó a la Fuerza para buscar a Siri. Estaba cerca, podía sentirla. En momentos de peligro, su conexión se estrechaba.

Estaba encima de él.

Corrió hacia las escaleras, que se curvaban hacia arriba hasta perderse de vista en la oscuridad. Se detuvo en todos los pisos, pero no escuchó ni sintió nada. Ella seguía estan-do más arriba. Por fin llegó al último piso. Un largo pasillo con pesadas alfombras se extendía ante él. Frustrado, Obi-Wan se detuvo. Siri no estaba en esa planta.

Vislumbró una puertecita a la derecha y la abrió. Vio una escalera estrecha que subía hacia la azotea. En ese momento supo que Siri estaba ahí arriba, y que le necesitaba.

Subió por las escaleras, activando el sable láser mien-tras corría. Las luces del festival brillaban a sus pies. Los parterres más alejados estaban sumidos en las sombras. Aquella parte del tejado era plana, pero estaba rodeado de agujas y torreones.

Vio el pálido resplandor violeta del sable láser de Sin. Tenía la espalda apoyada en la pared del tejado. Ona Nobis la había acorralado. El látigo láser se enredó alrededor del sable de Siri, y estuvo a punto de arrebatárselo. Siri agarro la empuñadura con ambas manos y aguantó, pero se tamba-leó. Ona Nobis desenfundó la pistola láser que llevaba atada al muslo.

Obi-Wan se lanzó sobre ella, alargando una mano para dirigir la Fuerza. No podía fiarse de su capacidad para mover objetos, pero la Fuerza surgió y le arrebato la pistola de la mano a Ona Nobis, haciendo que ésta retrocediera, tambaleándose por la sorpresa.

Obi-Wan no se detuvo, sino que saltó y giró para poder

atacar a Ona Nobis desde el otro lado, y para que Siri tuviera espacio para maniobrar.

El látigo chasqueó y el sable láser lo golpeó con un zum-bido. Salió una humareda. Obi-Wan giró el sable láser para liberarlo del látigo. Ona Nobis desenfundó su otra pistola.

Siri agarró con fuerza el sable láser y avanzó. Tenía el pelo y la túnica empapados de sudor. Atacó con gesto sombrío a Ona Nobis, pero la cazarrecompensas se alejó.

—Venga, niñatos —dijo al fin Ona Nobis. Les enseñó los dientes—. Sé que podéis hacerlo mejor.

Obi-Wan dio un salto hacia delante. Ahora funcionaba en equipo con Siri, y ambos flanquearon a la cazarrecom-pensas. Esta ve/, cuando ella chasqueó el látigo, él saltó muy alto para esquivarlo, enrollándolo alrededor de su sable. Sabía que Siri aprovecharía para atacar.

Un disparo láser resonó junto a él. Muy cerca. Obi-Wan se quedó en el aire, agarrado al látigo, con todos los músculos en tensión.

Ella intentó alejar el látigo del aprendiz de Jedi. Tenía muchísima fuerza. Él sintió que se le doblaba la muñeca y comenzó a caer. El látigo volvió a enroscarse, libre de nuevo. El empleó la caída para volver a girar y sorprender a ona Nobis con una patada. Su segunda pistola cayó de su mano, y ella aulló de rabia.

Siri se adelantó para ponerse junto a Qui-Gon cuando aterrizó. Ahora tenían acorralada a Ona Nobis. Ella puso el látigo en modo normal, y lo agitó para engancharlo en una tubería cercana.

El se dio cuenta de que quería escapar. Nunca se que-dabasi pensaba que podía perder. La mujer se alzó en el aire por encima de Obi-Wan y Siri, empleando el látigo para impulsarse sobre sus cabezas. Durante un instante, su cuerpo quedó colgado en la oscuridad de la noche.

Se estaba agarrando con una sola mano. ¿Qué hacía con la otra?
—¡Siri, cuidado! —gritó Obi-Wan cuando una terce pistola apareció en la mano de 0na Nobis.
En ese momento, Adi entró por la puerta de acceso a la azotea. Se elevó por los aires, golpeando el sable láser de la cazarrecompensas, y lo cortó limpiamente en dos.
Los rasgos duros de Ona Nobis expresaron su asombro Se quedó suspendida en el aire durante un instante. Después, sin el látigo, cayó hacia atrás y se precipitó hacia el suelo, en la oscuridad de la noche.

Capítulo 21

Qui-Gon, Obi-Wan, Siri y Adi estaban detrás del pequeño edificio cercano al Senado de Coruscant. —¿Preparados? —exclamó Astri. —¡Preparados! —respondió Qui-Gon. Astri pulsó un interruptor. El cartel luminoso brilló con las palabras:

"NUEVO CAF DE DI I". Astri suspiró.

—Supongo que sigue necesitando una reparación. Eso me pasa por contratar a Fligh como electricista.

—Por lo menos, la comida es buena —dijo Cholly. Alzó un trozo de ahrisa picante—. Esto es lo mejor que he comido nunca.

—Mmmf—dijo Tup con la boca llena. Weez le dio una servilleta.

Astri llevó dentro a los Jedi y les acomodó en una mesa central. Les sirvió el té.

No me gusta tener a Fligh de socio, pero me ha pro-metido enmendarse —dijo Astri—. Y nos ha encontrado inversores.

La taza se detuvo a medio camino de la boca de Vui-Gon.

—¿Inversores legales?

—¡Por supuesto! —exclamó Didi desde el bar. Habí perdido algo de peso durante su enfermedad, pero habíarecuperado sus mejillas sonrosadas y su carácter alegre—.

Fligh y yo hemos aprendido la lección.

—Eso espero —murmuró Astri—. Yo sólo sé que de las cuentas me voy a ocupar personalmente.

—Y seguro que lo harás muy bien —dijo Adi, brindando.

Astri se sentó con ellos a la mesa.

—¿Ya han dictado sentencia para Zan Arbor y S'orn?

Qui-Gon asintió.

—Han sido exiliadas a un planeta prisión por el resto de sus vidas.

—No puedo creer que Uta S'orn fuera cómplice —dijo Astri, negando con la cabeza—. Su mejor amiga mató a su hijo, y ella siguió haciendo negocios con ella.

—Nunca menosprecies el poder de la codicia —dijo Adi—. Uta S'orn quería hacerse rica. Jenna Zan Arbor le ofreció esa posibilidad. Estaba detrás de la empresa científi. ca de Belasco.

—Sus planes casi se van al garete cuando a Zan Arbor le dio por investigar la Fuerza —añadió Qui-Gon—. El hecho de que su amiga tuviera un hijo sensible en la Fuerza fue algo demasiado tentador para ella. Y cuando Uta S'orn se enteró de lo que había ocurrido, su codicia se convirtió en ira y dolor.

—Menuda pareja —dijo Siri con una mueca.

Astri se levantó para preparar el almuerzo que les había prometido a los Jedi. Siri indicó a Obi-Wan que se acercara a una esquina.

—Sólo quería decirte que me alegró verte aparecer en el tejado para ayudarme a pelear contra Ona Nobis —dijo ella—. Creo que te subestimé por el hecho de huir del com-

bate en Sorrus. No sabía lo poderosa que era. Podría haber-me matado, Obi-Wan.

—No quiero ni pensarlo —dijo Obi-Wan. La vergüen-za reflejada en el rostro de Siri le hizo suavizar la situa-ción—. Eres la mejor luchadora padawan que he visto nunca.

—Después de ti —dijo Siri—. He luchado contigo en ejercicios del Templo muchas veces, Obi-Wan. No debería haber cuestionado tu talento o tu valor. Me equivoqué —las palabras parecían no querer salir de su boca.

—Yo también me equivoqué —dijo Obi-Wan alegre mente—. Pero eso ya lo sabes.

—Adi dice que he aprendido una lección muy impor-tante —prosiguió Siri. Hizo una mueca—. Y yo odio apren-der lecciones. Sobrevaloré mis propias habilidades. Soy una Jedi, pero no soy invencible. Hay muchos seres en la gala-xia que pueden vencerme. Ahora entiendo por qué nos machacaron una y otra vez con que nuestro objetivo debe estar claro y nuestra concentración ha de ser total. He subes-timado el Lado Oscuro de la Fuerza. Intentaré no volver a hacerlo. Y ahora sé que no siempre seré fuerte. No tendré miedo de reconocer mis debilidades.

—Una gran lección para un padawan —dijo Adi, que había oído la conversación.

Obi-Wan miró a Qui-Gon.

—Y para los Maestros Jedi cabezotas.

Qui-Gon dio plácidamente un sorbito de té.

—No tengo ni idea de a quién te refieres —dijo con los ojos brillantes.